



Colección
PROVECTA **ætas**

IV

**Nacimientos
portentosos**

en la

**mitología
clásica**

**UNIVERSIDAD DE LA EXPERIENCIA
INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA**

Colección
PROVECTA **detas**

IV

Nacimientos portentosos
en la
mitología clásica

Antonio Lorente Latorre

Colección
PROVECTA **ætas**



PROVECTA AETAS
UNIVERSIDAD DE LA EXPERIENCIA
ICE

DIRECCIÓN: AGUSTÍN UBIETO ARTETA

© Antonio Lorente Latorre

© Ilustración de portada: Sandro Botticelli. *El Nacimiento de Venus* (h. 1480)

© Universidad de Zaragoza

EDITA

Universidad de Zaragoza

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Talleres Editoriales Cometa, S.A.

DEPÓSITO LEGAL: Z-854-06

ISBN: 84-7791-226-2

IMPRESIÓN

Talleres Editoriales Cometa, S.A.

Nacimientos portentosos en la mitología clásica



Autor:
Antonio Lorente Latorre

Dedicatoria:

A Estela María y Carlos, que me hicieron el inestimable regalo de una preciosa edición bilingüe de “La Iliada” y “La Odisea”; y a Rubén, que me ayudó a encontrar un título apropiado para esta publicación.

Atenea a Telémaco:

“Τηλέμαχ’, ἄλλα μὲν αὐτὸς ἐνὶ φρεσὶ σῆσι νοήσεις,
ἄλλα δὲ καὶ δαίμων ἔπιθόησεται.”
“Por ti mismo, Telémaco, en parte hallarás las palabras
y algún dios, además, te vendrá a dar ayuda”
(Homero, Odisea, III, 26-27)

Índice

Prólogo de Jesús Salvador	9
A modo de presentación	11
De nacimientos, surgimientos y renacimientos (Introducción)	15
Conflictos edípicos anteriores a Edipo	21
La espuma fecunda	27
Más vale prevenir	33
Nacida de pie	39
Un matrimonio poco convencional	45
Nacido con mal pie	49
Una incubadora de “alto standing”	55
La familia que no quiso un dios en su seno	63
Un árbol que da vida	67
Surgieron de los árboles, de la tierra, de las nubes	73
El más bello castigo	81
Tres hermanas que hilan muy fino	87
El héroe del hombro de marfil	95
Los que volvieron “ab inferis”	99

Múltiples atajos mitológicos hacia la vida	107
Bibliografía general	109
Bibliografía de fuentes	113
Apéndice: Después de una lectura de la <i>Odisea</i> (Sonetos)	117

PRÓLOGO

Me proponen, y acepto encantado, que prologue la presente publicación de Antonio Lorente “Nacimientos portentosos en la mitología clásica” de la serie “Provecta Aetas” de nuestra *Universidad de la Experiencia de Zaragoza*. Acepto encantado, porque la ocasión me permite, en primer lugar, solventar el justo pago de una deuda personal, contraída durante el curso 2003-2004 en la asignatura de *Mitología Clásica*: baste, sin más, decir que fue su actitud en clase una lección, una lección, para mí –profesor de la asignatura–, de humanidad y humanidades. No hay edad para el buen entendimiento, para la perseverancia, para el entusiasmo, no hay edad ni histórica ni humana, de hecho, ni avanzada ni antigua, que no pueda debidamente combatir dificultades, adversidades, tiempos difíciles, con las armas antedichas. Sólo guiados por el entusiasmo, sólo siendo perseverantes, sólo haciendo uso del mejor entendimiento, seremos capaces de revitalizar el interés de esta sociedad nuestra por las humanidades, las letras, el mundo clásico. En tales consideraciones, me digo yo ahora, me aleccionaba la presencia de Antonio y su trabajo en clase.

Pero no quisiera que esta valoración personal empañara el mérito de la labor escolar que realizó, objetivamente, a lo largo del curso. La calificación final, la más alta posible, da buena cuenta de ello. La serie de trabajos presentados aunaba contenidos debidamente contrastados, método riguroso y exquisita pulcritud formal. El estudio que a continuación puede leerse es una buena muestra de ello, pero adquiere pleno sentido en el contexto de la asignatura de *Mitología Clásica*: en modo alguno es, ni pretende ser, un trabajo de investigación. De hecho, algunas de las publicaciones señeras en este tema de los nacimientos extraordinarios míticos no pudieron ser utilizadas, pese a estar en nuestra biblioteca de la Facultad, por razones que no vienen al caso. El acento, pues, recae en la lectura, comprensión y comentario de los textos originales.

Como digno colofón se han añadido al texto original del trabajo unos poemas compuestos por el propio Antonio Lorente, que dan cuenta de la intensidad y sensibilidad con las que vive el estudio del mundo clásico, un ejercicio, ahora artístico, sorprendente, quizás, para el no iniciado, pero común y nada extraño entre quienes sentimos pasión por las lenguas clásicas, una pasión que no entiende de años ni siglos.

Jesús Salvador

A MODO DE PRESENTACIÓN

Cuando en el curso escolar 2003-2004, y por el cauce de la UEZ dentro del llamado Curso de Actualización, me matriculé en la asignatura de *Mitología clásica*, apenas si contaba con unas vagas e imprecisas nociones de esta materia. Pero con el transcurrir de las clases me fui percatando de lo fácil que resultaba adentrarse en el fascinante mundo de la Mitología clásica, guiados por la experta mano del profesor Jesús Salvador. Y es que imparte la materia con una buena dosis de amenidad, sin descuidar el necesario rigor académico. Su método consiste en la inmersión total del alumno en el variado elenco de los mitos y leyendas, atacando por distintos frentes. Así, a la lectura y preceptiva reseña de un libro por trimestre agrega un trabajo en equipo y otro individual, éste de mayor envergadura. Confieso que disfruté con fruición de la lectura nuevamente emprendida de la *Odisea* (la había leído hace ya mucho, mucho tiempo); me vi sorprendido por la caudalosa avalancha de datos y noticias mitológicas de la *Biblioteca* de Apolodoro, y entré por primera vez en ese prodigio de belleza que son las *Metamorfosis* de Ovidio, que acabé leyendo con verdadera devoción.

Las páginas que aquí se presentan son las que constituyeron el trabajo elaborado a lo largo del curso. El tema fue de libre elección. Yo lo elegí sobre “*Nacimientos míticos*”. En eso el profesor J. Salvador da total libertad, pero mediando siempre su orientación tanto en la bibliografía como en el enfoque general y desarrollo del trabajo. Los sonetos que figuran en el apéndice no forman parte del hacer del curso; son sólo algunos de los nacidos tras la provechosa lectura de la *Odisea*.

El que ahora todo ello quede reflejado en esta publicación se debe a la entusiasta iniciativa de Jesús Gascón y Ana Cristina Aznar, jefe de estudios y secretaria de la UEZ respectivamente, quienes al conocer que mis trabajos habían merecido el comentario elogioso del profesor apuntaron la posibilidad de su publicación en la colección Provecta Aetas, propuesta que fue acogida con favorable disposición por el director de la UEZ, don Agustín Ubieto, con el talante positivo que le caracteriza. A todos ellos vaya mi sincero agradecimiento. El mismo agradecimiento hago extensivo a mis otros profesores de ese año, Ana Vicente, que me abrió nuevas perspectivas en mis modestos conocimientos de Griego, y Cristóbal Barea, que con sus certeras explicaciones me hizo ver interesantes detalles en varios pasajes de la *Iliada* y la *Odisea*. También el Curso de Actualización de 2004-2005 me ha brindado la oportunidad de asistir a las clases de profesores tan prestigiosos como M.^a Pilar Cuartero, que compagina su labor docente con la investigación, y Carlos Schrader, docto traductor de toda la obra de Heródoto; y ambos excelentes personas. Y, decidida ya la publicación de este trabajo, una vez más el profesor Jesús Salvador ha dedicado tiempo y atención a asesorarme en la elección de imágenes alusivas a los temas tratados, que dotan de mayor vistosidad a la obra en conjunto.

Cuando la sociedad se plantea qué hacer con los mayores, y surgen respuestas imaginativas como es el proyecto de la UEZ, se da a muchas personas la oportunidad de constatar que la jubilación no tiene por qué ser una especie de muerte en vida, como todavía alguien se empeña en creer. A mí, al menos, me ha descubierto maravillosos mundos insospechados en esta y en otras materias.

Si la lectura de estas páginas, o un simple vistazo de ellas, anima a alguien a deleitarse leyendo, con el requerido sosiego, al gran Homero, al vigoroso y sagrado Hesíodo, al inmortal Ovidio, al cáustico y regocijante Luciano de Samosata o al sencillo Antonino Liberal, pongamos por caso, me daré por más que satisfecho.

De nacimientos, surgimientos y renacimientos

(INTRODUCCIÓN)

Entre las grandes preguntas que desde siempre la humanidad se ha formulado –el tiempo, la eternidad, el bien, el mal–, tal vez una de las más inquietantes –junto naturalmente con la que mayor desazón nos causa a los mortales, el hecho de la muerte–, sea la realidad misma de la vida. Todas las culturas primitivas, previamente a las reflexiones filosóficas, se han construido cada una a su manera sus cosmogonías y sus relatos antropogónicos, aplicándoles un carácter sacro, con matices unas veces dramáticos y otras más poéticos, mas siempre imaginativos. Pero no voy a referirme a los principios trascendentales de la existencia, sino a las vidas particulares, individuales; y aun en este caso obviaré el hecho mismo de esa vida, su porqué, su teleología, para observar únicamente el cómo, las peculiaridades de ciertos nacimientos enmarcados en la frondosa campiña de las mitologías griega y latina.

Hoy día todo el mundo tiene una idea más o menos clara, avalada por las averiguaciones de la ciencia en los últimos siglos, de los mecanismos ordinarios, naturales, de la transmisión de la

vida, es decir, de cómo los individuos llegan a nacer “normalmente”. El biólogo J. Benítez Ortiz dice: “La época de los griegos trae primero con Hipócrates y después con Anaxágoras, un intento de explicación de cómo se podrían transmitir los caracteres: el semen sería el recipiente donde se encontraría la esencia del nuevo ser –ojos, nariz, boca–, mientras que el óvulo facilitaría simplemente el desarrollo del ser. Estas creencias se mantuvieron hasta la Edad Media, momento en el que se empieza a incluir a los dos padres como contribuyentes a la formación del individuo. En el siglo XVII Marcello Malpighi desarrolla la teoría de la ‘preformación’; el ser humano existiría ya en el óvulo u ‘ovum’ en forma de ‘hombrecillo’ que se iría desarrollando; el descubrimiento de los espermatozoides no haría cambiar este concepto hasta años después, en el siglo XVIII, cuando el conocimiento científico se empieza a organizar e imprime un nuevo rumbo a la biología” (BENÍTEZ, pág. 21)¹.

Los científicos también nos han ilustrado de cómo se puede alcanzar el nacimiento de un nuevo ser interviniendo con métodos especiales y alterando el camino de la naturaleza, como la ‘fecundación in vitro’: “En 1978 nacía Louise Brown, [...] primer ser humano obtenido con técnicas de reproducción in vitro, lo que se conoce actualmente como ‘fe in vitro extraútero’ (FIV), es decir, en un laboratorio” (BENÍTEZ, págs. 179-180). E incluso se acercan días en que mediante las manipulaciones genéticas se llegará a hechos sorprendentes, más parecidos al milagro o al mito que al hecho natural.



1 Para las referencias bibliográficas, véanse las secciones correspondientes de BIBLIOGRAFÍA GENERAL y BIBLIOGRAFÍA DE FUENTES al final del trabajo.

En los relatos mitológicos y religiosos se recurre a veces a la partenogénesis y con frecuencia a la generación espontánea. En *Los orígenes de la mitología griega*, Bermejo, González y Reborada nos hacen notar la renuencia del pensamiento mítico y literario griegos a aceptar a la mujer como parte consustancial en el engendramiento de un nuevo ser; en definitiva el rechazo a nacer de mujer, y por tanto vislumbrando y aspirando a la posibilidad de nacimientos en que sólo intervendría el elemento masculino, como en los nacimientos divinos, que en su momento se verán, en que sólo participa la divinidad masculina, Zeus. Por contra, y paradójicamente, las concepciones y partos de Hera en solitario aparecen en su presentación mitológica como más genuinamente partenogénéticos.

Si hablamos de generación espontánea, también ha existido la creencia de nacimientos sin previo engendramiento, tanto de los pequeños seres como de personas. G. Sissa, en *La vida cotidiana de los dioses griegos*, dice: “En el siglo XIX, trescientos años después de que Francesco Redi descubriera la reproducción sexual de los insectos, la generación espontánea era todavía una teoría vigente que contaba con fervientes defensores. Uno de ellos, el eminente biólogo Félix Aquímedes Pouchet, no dudaba en reforzarla con una atenta lectura del Génesis. Así, la creación de los animales y las plantas está de tal manera relatada que se puede interpretar con toda legitimidad como ‘una verdadera generación espontánea que se produce bajo la inspiración divina’. Elohim [...] ordena a la tierra que engendre lo que él crea sin ningún tipo de transmisión [...] el Creador no ha cesado en su obra, es decir, que el Eterno dedica su tiempo a una ‘acción incesante’, una ‘incesante actividad’, una ‘obra de todos los instantes’” (SISSA, pág. 174). Y cuando queremos expresar que algo aparece con gran facilidad y de forma sorpresiva, decimos que se

da “como hongos”. De esa forma, Ovidio en las *Metamorfosis*, en el episodio en el que Medea, llevada por las alas de las serpientes, va en pos de la venganza y llega a la fuente Pirene en Éfira (antiguo nombre de Corinto), cuenta que los antiguos solían decir que allí, en los primeros tiempos, de hongos formados por la lluvia surgieron cuerpos humanos:

... *hic aeuo ueteres mortalia primo
corpora uulgarunt pluuiialibus edita fungis.*
(OVIDIO, *Metamorfosis*, VII, 392-393)

A veces es azaroso no ya el nacimiento, sino el propio engendramiento de ciertos seres míticos por parte de los dioses. A este respecto, cuenta Apolonio de Rodas en su *Argonáuticas* que Crono, al ser descubierto por su esposa Rea cuando se había acostado con Fílira, saltó del lecho y escapó metamorfoseado en un caballo de largas crines. Luego Fílira dio a luz al monstruoso (pero inteligente) Quirón, semejante en parte a un caballo y en otra a un dios. (APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas*, II, 1230-1242.) Y está la tradición popular de los que nacen con lo que vulgarmente se llama un antojo.

Veamos, pues, algunos casos de nacimientos “poco naturales”, por decirlo de algún modo.

El nacimiento de Afrodita (I): los antecedentes



La castración de Urano
Giorgio Vasari
1511-1574

Conflictos edípicos antes de Edipo

AFRODITA - Ἀφροδίτη (I)

Resumen del Mito: *En la raíz de los tiempos, Gea, la Madre Tierra, surgida del Caos –Χάος–, por proyección, por un impulso partenogenético, era cubierta obsesivamente por Urano, el Cielo fecundo. Esta unión (incestuosa, pues Urano era hijo de Gea), por más que sagrada, resultaba agobiante, insoportable para la Tierra, continuamente engendrando, sin descanso; de tal modo que el perfecto acoplamiento de Cielo y Tierra imposibilitaba que las criaturas gestadas –los Titanes, las Titánides y dos tríos de seres monstruosos: Cíclopes y Hecatonquiros– salieran de su seno, quedando inmersas en lo profundo de la Tierra, en noche permanente.*

Gea, encolerizada, comprimida y sofocada, pide ayuda a sus hijos para vengarse del Cielo opresor; y es el hijo pequeño, Crono, de mente tortuosa, el que secundando el plan de su madre, que ha fabricado para él una dentada hoz de brillante acero, y aprovechando el momento en que Urano está extendido en amorosa

unión sobre la Tierra, cercena los genitales paternos, arrojándolos al mar por encima del hombro, sin girarse.

Testimonios, Citas, Comentarios: El relato está en Hesíodo (HESÍODO, *Teogonía*, 186-182), narrado con extraordinario encanto y con la majestuosidad habitual en este autor; y también, pero aquí con una gran economía expresiva, en Apolodoro (*Biblioteca*, I, 1, 1-3), y lo he visto maravillosamente expuesto, con sencillez y profundidad a un tiempo, por J. P. VERNANT en *El universo, los dioses, los hombres* (págs. 15 a 21). Concretamente al comienzo de la *Biblioteca* de Apolodoro se lee: Urano fue el primero en gobernar el mundo: “Οὐρανὸς πρῶτος τοῦ παντὸς ἐδυνάστευσε κόσμου” (APOLLODORUS, I, 1, 1), ya que antes que él sólo existió el Caos –Dios asexual, una enorme abertura o hueco, “como un gran bostezo, acompañado luego por Gea, una diosa de la fecundidad como también lo sería Deméter” (GONZÁLEZ, pág. 130)–. “Caos en griego significa, más que desorden, corte, vacío, y el relato de Hesíodo se parece a muchos otros mitos del resto del mundo (como el mito acadio sobre la Creación, que probablemente fue su prototipo) en los que el cielo y la tierra tenían que separarse forzosamente para que el mundo de los hombres existiera” (KIRK, pág. 39). Concretamente es Crono, uno de los hijos de Gea, “la de amplio pecho”, escondido en las entrañas de su madre, quien castra a su padre Urano, cuando éste penetra en la Tierra para fertilizarla de nuevo.

Con la castración de Urano dan comienzo los avatares de la sucesión en las generaciones de dioses: Crono expulsa del poder a su padre (APOLODORO, I, 1, 3), pero se comporta a su vez de modo abominable con sus hijos, entre los cuales está Zeus. El padre de Zeus es pues “un personaje ambiguo” (KIRK, pág. 39).

El caso es que había recibido un oráculo de parte de Urano y Gea de que sería destronado por uno de sus propios hijos, y para evitarlo opta por tragárselos según iban naciendo (APOLODORO, I, 1, 3, y HESÍODO, *Teogonía*, 454-468). Es ahora el joven Zeus, salvado mediante una treta de su madre, quien vence a su padre y, tras el reparto del mundo con sus hermanos, se hace con el poder absoluto.

Todo genuinamente freudiano. Lo que en Freud es la muerte y consumición del padre (FREUD, pág. 166 y ss.), aquí es la muerte sexual y social del progenitor y su derrota en la lucha por el poder. Veamos el enfoque de M.^a TERESA GONZÁLEZ: “Sin lugar a dudas, la lucha de Crono contra Urano o la de Zeus contra Crono, es decir, la lucha de los hijos contra sus progenitores pone de relieve la búsqueda masculina de la superioridad. Pero asimismo enseña el grado de psicopatía que rodea al mundo del poder pues, de un lado, vemos las ansias que *Urano/Crono/Zeus* sienten por acaparar y acaparar más autoridad y, de otro lado, vemos cómo dichas divinidades traducen un miedo irrefrenable ante su posible destronamiento” (GONZÁLEZ, pág. 122).

Y sin duda se hubiera repetido la historia, pues ya Urano, el cielo estrellado, y Gea habían profetizado también a su nieto Zeus su caída a manos del hijo que tendría de Metis después de que ésta pariera a “la doncella de ojos glaucos Tritogenia”, si no se hubiese tratado, como dice RUIZ DE ELVIRA, “de una profecía que pertenece al tipo de los oráculos condicionales que, a diferencia de los absolutos (más usuales éstos en la mitología), dejan la posibilidad de eludirlos si no se cumple la condición indicada” (RUIZ, pág. 64). Y ya veremos cómo no se cumplió. Pero ésa es otra historia.

El nacimiento de Afrodita (II)



*Afrodita naciendo de
una concha*
Vaso apuliano
330 a. C.

La espuma fecunda

AFRODITA - Ἀφροδίτη (II)

Resumen del Mito: *La emasculación de Urano resultó fecunda; la sangre o semilla de los dioses, si cae sobre la tierra, casi siempre es fértil. Así ocurrió con las gotas de sangre derramadas del cortado miembro de Urano. Hesíodo dice que todas las recogió Gea en su seno. Y al cumplirse un año dio a luz a las poderosas Erinias, a los altos Gigantes y a las Ninfas Melias. Aún más; los genitales arrojados al mar por Crono, vagaron flotando durante un tiempo sobre el tempestuoso ponto y a su alrededor se formaba una blanca espuma surgida de la sustancia divina, de la que después emergió una doncella, la diosa del amor y de la belleza, Afrodita, que pasa junto a Citera y llega por último a Chipre. Allí donde pisa, la tierra florece bajo sus pies. Las Horas la reciben con alegría y le imponen vestimenta divina. Los dioses, enardecidos de amor, la saludan con exultación.*

Testimonios, Citas, Comentarios: Yo me imagino al pescador que en las costas de Citera o en las de Chipre viera surgir o llegar flotando sobre las olas a tal dechado de belleza y perfección. Quedaría totalmente embelesado. Pero volvamos al origen de la diosa. Para RUIZ DE ELVIRA, el gesto de Crono arrojando al mar los inmortales miembros de su padre tirándolos a su espalda, quizá sea entendido por Hesíodo como ritual o mágico, y en cierto modo semejante al lanzamiento antropogónico de piedras por Deucalión y Pirra, a la prohibición de mirar que se impone a Orfeo como condición para la resurrección de Eurídice, y al lanzamiento por Ulises, también a su espalda, del velo de Leucotea –en *Odisea*, V, 459, donde no se dice cómo lo arroja, pero la propia Leucotea le ha dicho que debe hacerlo vuelto de espaldas (RUIZ, pág. 48)–. Y en cuanto a la espuma, que según el propio Hesíodo, metido en etimologías, da nombre a la muchacha –*ἐφρός* ‘espuma’–, es claramente un eufemismo que encierra veladamente la más fisiológica realidad del esperma del dios. Aun en los milagros anda por medio la materia.

La versión hesiódica (HESÍODO, *Teogonía*, 188-201) de la genealogía de Afrodita (la Venus latina) está en franca oposición con la genealogía homérica, que la hace hija de Zeus y Dione (HOMERO, *Iliada*, V, 370 y ss.), creencia ésta que también está en Apolodoro (*Biblioteca*, I, 3, 1), en Higino, “ex Dione et Ioue, Venus” (HYGIN, praef. 19), y en Ovidio (*Metamorfosis*, IV, 532-538). Y es lógico este posicionamiento. Según Walter F. OTTO, cuando se forman los poemas homéricos, la época de los mitos fabulosos, de la magia, del milagro, ha pasado hace tiempo. La idea que se caracteriza para nosotros con el nombre de Afrodita es de genuino cuño y del espíritu propio del helenismo prehomérico (OTTO, pág. 103). Para este autor, que introduce el capítulo dedicado a Afrodita con una bella cita de

Schiller –“Esta Venus terrestre nace como la primera del cielo. Un misterioso parto desde el infinito ponto”–, prescindiendo de otras posibles procedencias –como la gran diosa de la fertilidad y el amor de los babilonios, fenicios y otros pueblos asiáticos, o la bíblica “diosa del cielo” en Jeremías, 7, 18–, fija su atención en la maravillosa poesía de Hesíodo y en la contemplación de esa doncella, imagen de la eterna hermosura que surge de la espuma del ponto con los rizos goteando y saludada por el júbilo del mundo. Los otros testigos hablan generalmente de su nacimiento del mar, aun sin mencionar lo que narra Hesíodo. Y es célebre la leyenda según la cual nació en una concha, o bien que, una vez nacida, fue llevada por las olas plateadas del mar, que sirven de espejo a su radiante belleza, en una concha a la costa de Citera, como en el conocido cuadro de Sandro Botticelli, empujada por el soplo del Céfito y a punto de ser arrojada por el precioso manto ondeante que le acerca una de las Horas.

Pero según R. DE ELVIRA, dicha leyenda no está en Hesíodo ni en texto alguno anterior a Plauto, y la sugerente travesía en la concha o la mera mención de ésta como una especie de bajel en que navega Venus está por primera vez en autores como Pompeyo Festo o Tibulo (RUIZ, pág. 51).

Mas, lejos de disquisiciones eruditas, quédese en nuestra retina esa encantadora visión de la reina del amor, precedida de Eros y seguida del bello Hímeros, y como dice el Himno Homérico (*Himnos*, VI, 3-7), impulsada por el Céfito húmedo por cima de las olas y del resonante mar hacia Chipre, en donde es acogida por las Horas y ataviada con hermosos vestidos divinos.

El nacimiento de Atenea (I): los antecedentes



*Zeus antes del nacimiento
de Atenea*
Ánfora de figuras negras
540-530 a. C.

Más vale prevenir

ATENEA - Ἀθηνᾶ (I)

Resumen del Mito: *En el reino del cielo olímpico se respiraba una relativa calma. Zeus y sus hermanos, con la ayuda de los Cíclopes y los Hecatonquiros, habían salido triunfantes de una guerra de 10 “grandes años” contra su padre Crono y los Titanes. Y ahora, cuando se habían repartido el imperio del Universo entre los tres grandes soberanos: Posidón, Hades y Zeus (pero conservando éste la soberanía suprema, y a la sazón reinando con imperturbable dignidad), nuevas amenazas se ciernen sobre el divino Panteón: ya Gea está gestando a los indomables Gigantes; y más tarde aparecerá en escena el monstruoso Tifón. Pero otros peligros más domésticos, procedentes de la vida amorosa de Zeus (él siempre fue un dios de fuertes apetencias eróticas, con sucesivos matrimonios, eso sí, siempre monógamos, y diversas aventuras con diosas y mujeres mortales), apuntaban directamente a su corona. Había tomado por esposa a la escurridiza Metis, la más sabia de los dioses y hombres mortales; pero que, como otras deidades marinas (pues era hija de Océano), tenía la facultad de*

metamorfosearse en muchas formas, en especial para escapar a la unión con Zeus, cosa que no logró, quedando finalmente encinta. Zeus, que aspiraba a mantener por siempre el poder supremo, se vio sorprendido por el vaticinio de Urano y Gea, que le anunciaban que, tras el nacimiento de la criatura que Metis llevaba en sus entrañas (Atenea), engendraría un hijo que llegaría a ser soberano del cielo. Él, temeroso, y siguiendo el dictado de los propios Tierra y Cielo, para evitarlo tomó la determinación de devorar a Metis, a la que con engaños tragó en una ingestión preventiva, con lo que conseguiría eludir el cumplimiento de la profecía y a la vez revestirse de la sabiduría y astucia que eran la esencia misma de su esposa Metis.

Testimonios, Citas, Comentarios: El asunto del matrimonio, la profecía y la deglución de Metis, está en Hesíodo (*Teogonía*, 886-900), en Apolodoro (*Biblioteca*, I, 3, 6) y en el fragmento de Hesíodo contenido en el de Crisipo (HESÍODO, *Fragmentos*, 343: GALENO, “De placitis Hippocratis et Platonis”, III, 8), entre otros testimonios.

Según Detienne y Vernant en *Las artimañas...*, para el caso de la esposa de Zeus habría que distinguir la *metis* como nombre común, una forma particular de inteligencia, una prudencia astuta: la *metis* humana en Homero –la de Ulises, por ejemplo–, y como nombre propio: *Metis*, una divinidad femenina, hija de Océano. “La diosa Metis, personaje que podríamos creer bastante desdibujado, parece estar confinada a los papeles de comparsa. Primera esposa de Zeus, apenas se encontraba embarazada de Atenea fue devorada por su marido. Relegándola a las profundidades de su vientre, el rey de los dioses puso fin brutalmente a su carrera mitológica” (DETIENNE, pág. 17). A lo que yo añadiría que también se cargó de un plumazo a aquel hijo, rey

de dioses y hombres ‘con arrogante corazón’, que estaba destinado a arrebatarse la dignidad real. Nunca sabremos cómo habría sido aquel nuevo soberano.

Para los citados autores, Metis no se trata de un mero concepto disfrazado con el ropaje de una diosa por el artificio de una metáfora poética, sino una verdadera potencia religiosa que preside una forma de acción muy definida y opera en sectores determinados de lo real (DETIENNE, pág. 57). Al tomarla en matrimonio, Zeus consagra su supremacía de monarca. “En efecto, no hay soberanía sin Metis. Sin el socorro de la diosa, sin el apoyo de las armas de la astucia de las que dispone su ciencia mágica no se podría conquistar, ejercitar ni conservar el poder supremo” (DETIENNE, pág. 58). Para el Cronida la victoria en el combate por la soberanía del universo debía obtenerse no por la fuerza, sino por la astucia, gracias a la *metis*. De modo que tomó la decisión más acertada (y aquí, una vez más, es Apolodoro, ese prodigioso maestro de la concisión, quien acierta con el término preciso, ‘adelantándose’: καὶ αὐτὴν γενομένην ἔγκυον καταπίνει φθάσας (APOLLODORUS, I, 3, 6), y en adelante no sólo dispondrá de ‘*Kratos*’ y ‘*Bíe*’, dominio y fuerza bruta, rodeando su trono, sino que, ingiriendo a su esposa, se hace a sí mismo completamente *metis*. “Desde ese momento no hay *metis* posible fuera de Zeus y contra él. Ni un solo acto artero se trama en el universo sin pasar primero por su espíritu” (DETIENNE, pág. 20).

Sin embargo, para Kirk “Metis significa ‘consejo’, y esta parte del mito es alegórica y probablemente no muy antigua” (KIRK, pág. 100).

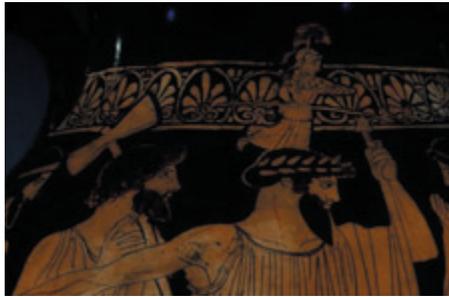
Figura una expresión en Hesíodo, que dice: “Engañando astutamente su espíritu con ladinas palabras, Zeus se la tragó...”, pero no nos desvela en qué consistió ese engaño, y tampoco he encon-

trado referencias a ello en ningún otro texto. Pero leo en J. P. Vernant: “Zeus interroga a Metis: ‘¿Puedes adoptar realmente todas las formas? ¿Podrías ser un león que escape fuego?’. Al instante Metis se convierte en una leona que escape fuego. Tremendo espectáculo. Zeus le pregunta a continuación: ‘¿Podrías ser también una gota de agua?’. ‘Sí, claro’. ‘Demuéstramelo’. Así que ella se convierte en gota de agua, él se la bebe. Ya tenemos a Metis en el vientre de Zeus” (VERNANT, pág. 40).

Y me pregunto de dónde ha podido sacar el autor esa solución. Claro, que se trata de un libro divulgativo y con el único propósito de entretener gozosamente. Y es de suponer que obre, lógicamente, de acuerdo con lo que él mismo proclama en el prefacio. “Siempre hay variantes (está hablando del relato mítico), múltiples versiones que el narrador tiene a su disposición y elige en función de las circunstancias, el público o sus propias preferencias, y donde puede cercenar, añadir o modificar si así se le antoja” (VERNANT, pág. 11).

Según Heródoto, ninguna de estas vicisitudes hubiera tenido que sufrir Zeus, por cuanto que, por lo que atañe a Atenea, “dicen de ella que fue hija de Posidón y de la laguna Tritónide, y que enojada por cierto motivo con su padre, se entregó a Zeus, el cual la tomó por hija: así lo cuentan” (HERÓDOTO, IV, 180). Así pues, en esta versión sólo sería hija adoptiva de Zeus, y sobrina, por supuesto.

El nacimiento de Atenea (II)



Nacimiento de Atenea
Pelike de figuras rojas
470-460 a. C.

Nacida de pie

ATENEA - Ἀθηνᾶ (II)

Resumen del Mito: *Una vez devorada por Zeus, Metis no podía quedar grávida de nuevo. Pero la gestación, ya muy avanzada, de la hija que llevaba dentro prosigue su proceso natural; y en el momento en que le correspondía nacer, Zeus, que por entonces se hallaba junto al río Tritón, la siente bullir en su cabeza y una fuerte jaqueca se apodera de él. Preocupado, llama en su ayuda al habilidoso Hefesto, que con un hacha de hoja bronceína le abre la cabeza y, ¡oh, prodigio!, de la abierta cabeza emerge erguida, majestuosa y totalmente adulta, una esplendorosa diosa de ojos azules, revestida con belicosas armas resplandecientes de oro; y ante el estupor de todos los inmortales, saltó con ímpetu de la inmortal cabeza. Tembló el vasto Olimpo terriblemente bajo el brío de la diosa de los ojos azules, resonó la tierra y el mar se agitó; y hasta el glorioso hijo de Hiperión, Helios dorado,*

detuvo los veloces caballos hasta que la virgen Palas Atenea hubo despojado sus inmortales hombros de las divinas armas.

Testimonios, Citas, Comentarios: En términos similares a los arriba expresados y con una grandiosidad que se diría propia de Hesíodo, se manifiesta el himno homérico dedicado a Atenea (*Himnos*, XXVIII), afirmando, entre otras cosas, que Zeus “la engendró él solo”; aunque en puridad, como observan los autores Bermejo, González y Reboreda, “el papel de Zeus en este caso” –y en el alumbramiento en solitario de Dioniso, que veremos más adelante– “es más el de un alumbrador que el de un progenitor único, tanto Atenea como Dioniso han tenido una madre que, por un motivo u otro, ha desaparecido antes de su nacimiento” (BERMEJO, pág. 175, nota 55) –así que es Zeus el encargado de complementar la gestación y de “parirlos”– y hacen evidente lo estrechamente que queda unida Atenea a su padre. Atenea, con su carácter virginal o su soltería, nunca alejará su *metis* de su padre, quedando esta virtud siempre al servicio de Zeus. Con mayor propiedad, Hesíodo puntualiza que “dio a luz”, y la expresión de Apolodoro es: “[...] y saltó Atenea, armada, hacia el río Tritón”. También Píndaro dice que saltó de lo alto de la cabeza paterna “entre descomunales gritos de alalá” (PÍNDARO. *Olímpicas*, VII, 36-37).

Respecto al escenario de tan esclarecido nacimiento, Apolonio de Rodas, igual que Apolodoro, lo sitúa junto al Tritón, aunque no se sabe con exactitud por dónde cae el tal río: “[...] las heroínas protectoras de Libia, las que una vez acudieron al encuentro de Atenea, cuando de la cabeza de su padre surgió toda resplandeciente, y la bañaron en las aguas del Tritón” (APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas*, III, 1310-1312). Y en cuanto a quién maneja el hacha para librar al embarazado Zeus

de la previsible cefalalgia que le ocasiona tan belicosa doncella, con su casco, escudo y acerada pica, es consenso general, salvo alguna atribución aislada a Prometeo, que fue el herrero Hefesto.

A propósito de que tan peculiar alumbramiento no figura en Homero (de quien Kirk afirma: “La literatura griega está dominada por Homero, una figura crucial, a pesar de su ambigüedad” [KIRK, pág. 79]), OTTO, en *Los Dioses de Grecia*, dice: “Estos mitos” –se está refiriendo a los de los primeros dioses– “tienen una extraña melodía para nosotros, y lo mismo ocurrió en la época homérica. Homero sabía bien que Atenea nació de la cabeza de su padre. Su denominación honrosa, ὀβριμοπάτηρ, ‘Hija del padre poderoso’, lo recuerda claramente. Como la misma diosa, que según su propio testimonio es “enteramente del padre” (Esquilo) y nada sabe de madre alguna, pertenece sólo al padre también en Homero. Pero éste calla el fantástico mito de su nacimiento” (OTTO, pág. 53). La inicial cosmovisión regida por el pensamiento mágico ha sido superada cabalmente por el pueblo griego. ‘Naturaleza’ “es la gran palabra nueva que el maduro espíritu griego opone a la antiquísima magia. Y de aquí se abre un camino directo hacia las artes y ciencias de los griegos” (OTTO, pág. 53).

De esta concepción no anda lejos Palas Atenea, la Minerva latina, diosa de la sabiduría, que nació armada de pies a cabeza con instrumentos bélicos, pero también de mente y de inteligencia, que son su esencia más definitoria. Recordemos que en imprenta se inventó un artilugio al que se llamó minerva, por suponersele, pienso yo, por otra parte como a todo invento en general, cierto grado de ingenio.

El nacimiento de Hefesto (I): Antecedentes



Jove y Juno
Annibale Carracci
1560-1609

Un matrimonio poco convencional

HEFESTO - Ἡφαίστος (I)

Resumen del Mito: *La última esposa de Zeus fue la floreciente Hera (la Juno de los latinos). Es Hesíodo el que traza un exhaustivo catálogo de los sucesivos matrimonios del padre de todos los dioses (HESÍODO, Teogonía, 886-923): primero fue Metis; en segundo lugar se llevó al tálamo a la brillante Temis; de Eurínome tuvo las tres Gracias; luego subió al lecho de Deméter; también hizo el amor a Mnemosine, de hermosos cabellos; y antes de tomar a Hera, se unió con Leto, que parió a Apolo y a la flechadora Ártemis.*

Son famosos los preliminares de su último matrimonio: a escondidas de sus padres cortejó a su hermana Hera durante 300 años, y sólo al cabo de ese tiempo Venus, ¿quién, si no?, los unió en solemne matrimonio, ἠερὸς γάμος. No obstante, hay noticias de que raptó a Hera, virgen aún, y se la llevó a un apartado paraje, cosa que acostumbraba a hacer con diosas y mortales. Luego quiso darle celos con una estatua de madera vestida de

mujer, pero ella descubrió el engaño y ocupó el lugar de la estatua. Pero la más hermosa y sugerente leyenda nos presenta a un Zeus en figura de aterido cuclillo resguardándose del frío y de la tempestad en el regazo de Hera. Esto ocurrió en el monte Cócige, Κόκκυξ, ‘cuco o cuclillo’.

Testimonios, Citas, Comentarios: La noticia de que se amaban a escondidas de sus padres es de Homero, φίλους λήθοντε τοκῆας (HOMERO, *Iliada*, XIV, 296-297). Sin embargo, en otras fuentes, a las que no he tenido acceso, pero que figuran en R. DE ELVIRA (RUIZ, pág. 83), hay indicios de que se trataba de unos deseos amorosos de Zeus por Hera, sin consumación, sin ‘relaciones prematrimoniales’.

En cuanto al mito de la estatua de madera, Pausanias (PAUSANIAS, IX 3, 1-2) lo sitúa en la base ritual de las fiestas llamadas Dédalas (porque antiguamente llamaban ‘dédalas’ a las imágenes de madera), en Platea, durante las que se quemaba una imagen femenina.

El nacimiento de Hefesto (II)



El hallazgo de Vulcano en Lemnos
Piero di Cosimo
1461-1521

Nacido con mal pie

HEFESTO - "Εφαιστος (II)

Resumen del Mito: *En las difíciles relaciones entre Zeus y Hera, menudeaban las infidelidades de aquél. Los desaires de Zeus exasperaban a Hera, de carácter marcadamente vengativo. En una de las frecuentes trifulcas entre los soberanos, la diosa, indignada y furiosa contra su marido por haber concebido él solo y dado a luz a Palas Atenea, decide ella también concebir "sin trato amoroso" un hijo. Así nació Hefesto (Vulcano, en Roma), que destaca entre los descendientes de Urano por la destreza de sus manos; pero que desafortunadamente traía una malformación: era cojo de ambos pies. Su madre, avergonzada, para ocultarlo a los demás dioses lo arrojó desde lo alto del Olimpo. La criatura cayó en el Océano, donde fue recogido por Eurínome y Tetis, que le salvaron la vida y lo criaron por espacio de nueve años en una gruta submarina y le enseñaron el arte de la metalurgia. En el curso de estos años forjó y fabricó para ellas preciosas joyas y siempre les guardaría profundo agradecimiento.*

Testimonios, Citas, Comentarios: El que Hera dio a luz a Hefesto “sin trato amoroso” es de tradición hesiódica (HESÍODO, *Teogonía*, 927-929); está también en Apolodoro, “sin necesidad de esposo” (APOLODORO, I, 3, 5), y en Higino, “Ex Iunone sine patre, Vulcanus” (HYGIN, praef. 22). Otra tradición lo hace hijo legítimo de Zeus y de Hera (HOMERO, *Iliada*, I, 571-579, y *Odisea*, VIII, 312), lo cual quita encanto a la peculiar personalidad del “muy ilustre cojitranco”, *περικλυτὸς ἀμφιγυήεις* (el epíteto es de Homero: *Iliada*, I, 608). Ese nacimiento tan desgraciado lo marcó de por vida (digo, para la eternidad, pues era dios), hizo desarrollarse en él dotes y habilidades compensatorias y lo avocó a un carácter rudo y huraño, siempre metido en sus fraguas y sus portentosos inventos. Comparemos estos dos partos en solitario que dan lugar, por un lado, a la perfecta, aguerrida y briosa Palas Atenea, que entra en el mundo de los inmortales con un salto propio de los atletas olímpicos y lanzando un terrible y desafiante grito, y por otro al lisiado Hefesto, que se asoma tímidamente a la existencia como pidiendo perdón por llegar de manera tan desastrosa. La oposición –éxito de Zeus, fracaso de Hera– de ambos partos refleja, según Bermejo, González y Reboreda, la tendencia a la misoginia del pensamiento mítico griego (BERMEJO, pág. 176). Según ellos, estos mitos hacen suponer la superioridad del hombre en ese pensamiento para el que nacer de mujer supone un mal (BERMEJO, pág. 179). GUTHRIE, citando a Luciano, dice que Hera dio a luz a Hefesto como “niño de aire”, *πτηνέμιον παῖδα*, sin recurrir al marido (LUCIANO, *De sacrificiis*, 6); y es que, según Aristóteles, son “huevos de aire” aquellos producidos por la gallina sola, sin empolladura (GUTHRIE, pág. 146).

No es este parto la única chapuza en materia de alumbramientos partenogénéticos en que incurre la divina Hera. En el *Himno homérico a Apolo* se presenta una Hera nuevamente airada con Zeus, envidiosa de la Atenea de ojos brillantes, quejosa de la deformidad de su hijo Hefesto, y del que no tiene empacho en confesar ante dioses y diosas que ella misma lo arrojó al anchuroso mar. Proclama que pondrá todo su empeño en que nazca un hijo sólo de ella que se distinga entre los dioses inmortales. Así pues, la soberana Hera, de grandes ojos, a partir de aquel momento y durante un año entero, no subió nunca al lecho del sagaz Zeus. Y, cumplidos los meses y los días, al cabo de un año, tuvo un hijo en nada parecido a dioses ni hombres: el espantoso y funesto Tifón, azote de los mortales (*Himnos*, III, 304-355).

Es sabido que no hay unanimidad en el origen de la cojera de Hefesto; y a la confusión ha contribuido no poco el inefable Homero, que en *Ilíada*, XVIII, 397, la declara de nacimiento, mientras que en *Ilíada*, I, 591, la atribuye a que Zeus, agarrándolo del pie, lo lanzó desde el divino umbral y estuvo rodando durante todo el día hasta que al anochecer cayó en la isla de Lemnos. Ante tamaño batacazo, ¿cómo no iba a quedar cojo para los restos! Él había intentado defender a su madre (APOLODORO, I, 3, 5), suspendida por Zeus en lo alto con sendos yunques atados a sus pies (*Ilíada*, XV, 18-28). Si fuera posible compaginar ambas versiones, sería explicable esa especial relación de amor/odio hacia su madre: el “[...] aun siéndome tan querida [...]”, φίλην περ εἰούσαν (*Ilíada*, I, 587), frente al “[...] por voluntad de la perra de mi madre [...]”, μητρὸς ἐμῆς ἰότητι κυνώπιδος (*Ilíada*, XVIII, 396), dura expresión –‘de mirada de perro’– aplicada a una diosa que tiene tan sugerentes epítetos como ‘la diosa de blancos brazos’, θεὰ λευκώλενος, o ‘de inmensos ojos’, βοώπις.

El nacimiento de Dioniso (I)



*Nacimiento de
Dioniso del muslo de Zeus*
Crátera con volutas
apuliana de figuras rojas
S. IV a. C.

Una incubadora de “alto standing”

DIONISO - Διόνυσος (I)

Resumen del Mito: *Entre las mortales de las que se prendó Zeus está Sémele, hija de Cadmo. (Al Cronida parece que le iban las de estirpe siria, pues Sémele, aunque tebana, descendía de allí por parte de su padre; y ya sabemos que también había tenido amores con la hermana de éste, Europa.) Sémele queda embarazada, pero la intrigante Hera se entera de esta nueva infidelidad de Zeus y urde un plan que parece de comedia de enredo: primero toma el aspecto de la nodriza de Sémele, luego se presenta a ella y, so pretexto de que debe asegurarse de que su amante es el verdadero Zeus y no un impostor, la convence para que le pida que la próxima vez se muestre a ella con toda la grandiosidad con que lo hace al unirse a Hera. Así pues, Sémele, sin decirle de qué se trata, pide a Zeus le prometa concederle un don, y él, incauto, cae en la trampa y se lo jura por la Estige –¡y esto ya son palabras mayores!–. Cuando Sémele formula la petición acordada con la fingida nodriza, ya no hay vuelta atrás. ¡Todo ha salido según lo previsto por la ladina Hera!*

Zeus, muy a su pesar, se une a ella con todo el acompañamiento de rayos y truenos, sus principales atributos. Sémele cae al momento fulminada; pero ya Zeus le ha extraído del vientre el hijo, aún en el sexto mes de gestación, y en una imaginativa solución de urgencia, se lo introduce, cual si de una incubadora se tratara, en su propio muslo, que cose cuidadosamente, donde lo guarda y de donde lo sacará definitivamente cuando se completen los nueve meses desde la concepción. Así nació Baco –Βάκχος–, el dios nacido dos veces, identificado en Roma con el antiguo dios itálico Liber Pater. Era el dios de la viña, del vino y del delirio místico.

Testimonios, Citas, Comentarios: El detalle de la nodriza, llamada Béroe, aparece por primera vez en Ovidio (*Metamorfosis*, III, 273-286). Hesíodo, que no menciona el irregular nacimiento, señala sin embargo lo excepcional de que, siendo la madre una mortal, el “muy risueño Dioniso” sea contado entre los inmortales (HESÍODO, *Teogonía*, 940-942). Más tarde Sémele, purificada por el fuego exterminador de Zeus, sería elevada a la categoría de diosa. Para Apolodoro, Sémele murió de miedo ante Zeus, que “se presentó en su habitación en un carro de relámpagos y truenos” (APOLODORO, III, 4, 2 y 3). Higino, que aborda el tema en dos fábulas distintas, tampoco da noticia de la ocultación en el muslo, sino que la criatura salvada del fuego es entregada directamente por Mercurio a Niso para su educación y de ahí su nombre de ‘Dioniso’. Por otra parte, la falsa nodriza, para animar a Sémele, le da un argumento erótico: “ut scias quae uoluptas est cum deo concubere”, “afin que tu saches quel plaisir il y a à coucher avec un dieu”, en la traducción de Boriaud (HYGIN, CLXVII –Liber– y CLXXIX –Semele–). En la primera de las citadas fábulas aparece un extraño pasaje en el que Júpiter da a beber a Sémele una poción con el corazón tri-

turado de Liber –hijo de Júpiter y Prosérpina–, descuartizado por los Titanes (HYGIN, CLXVII). Luciano de Samosata, para quien la criatura era sietemesina, centra su atención en el momento del parto, que él comenta con un gracejo encantador (LUCIANO, *Diálogos de los dioses*, 9). Sin embargo, es Ovidio el que en su inigualable poesía destaca todo el dramatismo de la petición de Sémele y su irrenunciable cumplimiento por parte del dios (OVIDIO, *Metamorfosis*, III, 288-310).

En la obra de Eurípides *Las Bacantes*, también aparece tratado el tema con la requerida amplitud. El coro canta al Alborotador (Dioniso) “al que antaño, en dolores de parto anticipado ante el vuelo del trueno de Zeus, su madre dio a luz y lo echó de su vientre a la vez que dejaba la vida por el golpe del rayo”. “Y entonces lo recogió en el claustro del parto Zeus Cronida, y a escondidas de Hera lo guarda en su muslo, cosiéndolo con áureas agujas. Y parió él, cuando la hora llegó, al dios de cuernos de toro, [...]” (EURÍPIDES, *Bacantes*, 88-104).

λοχίοις δ' ἀΐτικα νιν δέ-
 ξατο θαλάμαις Κρονίδας Ζεύς, 95
 κατὰ μηρῶ δὲ καλύψας
 χρυσέαισιν συνερείδει
 περόναις κρυπτὸν ἄφ' Ἥρας
 ἔτεκεν δ', ἀνίκα Μοῖραι
 τέλεσαν, ταυρόκερων θεὸν 100

El mito se repite en boca de los distintos personajes. Penteo, incrédulo: “Él dice que es el dios Dioniso, el que estuvo antaño cosido en el muslo de Zeus, el que fue fulminado por el rayo brillante junto con su madre, porque ella mintió una boda con Zeus” (EURÍPIDES, *Bacantes*, 242-245).

ἐκεῖνος εἶναί φησι Διόνυσον θεόν,
 ἐκεῖνος ἐν μηρῷ ποτ' ἐρράφθαι Διός,
 ὃς ἐκφυροῦται λαμπάσιν κεραυνίαις
 σὺν μητρὶ, Δίους ὅτι γάμους ἐψεύσατο.

245

Y Tiresias, afecto al dios: “Después que lo arrebató de entre el fuego fulmíneo, Zeus llevó a la criatura divinizada al Olimpo, y quería la Hera arrojar del cielo: mas Zeus tramó una treta digna de un dios. Rasgó una parte del éter que rodea la tierra y formó una prenda, y a este Dioniso así formado lo entregó como prenda del enojo de Hera, y con el tiempo, de él dicen los mortales que fue cosido en el muslo de Zeus” (EURÍPIDES, *Bacantes*, 288-295).

CORO – ESTROFA. Ἦθι, Διθύραμβ', ἐμὸν ἄρ-
 σενα τάνδε βᾶθι νηδύν· (526-527)

“¡Ea, Ditirambo, en esta mi varonil matriz entra!”. Aquí Eurípides habla de ‘matriz’ y es que el muslo, refiriéndose a la parte de la ingle, debe entenderse como la zona genital.

Es éste un mito complejo, que ha tomado préstamos tanto de Grecia como de países próximos, asimilando cultos análogos del Asia Menor. Así, KERÉNYI, basado en fuentes órficas, cita la variante en que la diosa Hipna –cuyo ámbito eran las montañas de Tmolos en Lidia y de Ida en Frigia– ayuda a Zeus “parturiento” y se hace cargo del “kranaios Dionysos”, el ‘Dioniso de madera de higo’. Plantea la cuestión de si se trata en efecto del nacimiento de un niño parido por el padre o del resultado de una mutilación y castración del padre, en consonancia con la leyenda de Atis y su relación con la Gran Madre del Asia Menor. Recuerda también cómo el dios de la ‘zoé’ ya fue metido y cosido dentro de un odre cuando éste no contenía vino sino

hidromiel –mito del saco de cuero–, por lo que Dioniso sería ‘trigonos’, “tres veces nacido”, pero sólo ‘dimetor’, “el de las dos madres”. El mito, también en parte como creación ateniense, tomaría el modelo del célebre nacimiento desde la cabeza: Palas Atenea (KERÉNYI, págs. 191-194).

El nacimiento de Dioniso (II): Pugna religiosa



Ágave dando muerte a Penteo
Fresco pompeyano
S. II d. C.

La familia que no quiso un dios en su seno

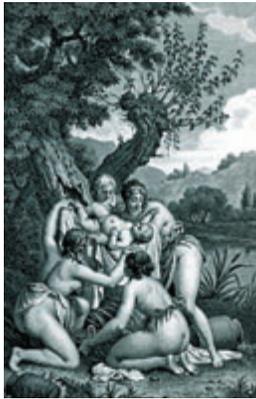
DIONISO - Διόνυσος (II)

Resumen del Mito: *Baco ya ha nacido, pero no queda claro el origen de su nacimiento, al menos para la familia de su madre. Me explicaré: ya cuando el embarazo de Sémele, sus hermanas –Ágave, Ino y Autónoe– en modo alguno creyeron que mantuviera amores con Zeus, como ella decía, sino que habría tenido un desliz con algún mortal, y ella lo quería arreglar con esa fantasía. Esto es lo que propalaron tras su muerte, que achacaron a un castigo de Zeus. Ahora, cuando, después de muchos años y tras una larga gira por Oriente, Dioniso regresa a su tierra para promocionar su propio culto con el ritual de Baquías –o Bacanales– y Orgías –una especie de delirio místico–, se encuentra con la oposición de su familia materna. Reinaba a la sazón en Tebas un primo suyo, el hijo de Ágave, Penteo, que se opuso frontalmente a la propagación de la nueva doctrina. Dioniso quiso dar un severo escarmiento a su opositor, a la vez que se vengaba de las hermanas de su madre: hace que éstas enloquezcan durante una*

celebración orgiástica, confundan a su hijo y sobrino Penteo con un animal salvaje y lo despedacen atrozmente.

Testimonios, Citas, Comentarios: Este episodio está escenificado en la obra de Eurípides *Las Bacantes*. En una cita del capítulo anterior hemos visto las reticencias de Penteo ante el (pretendido, según él) dios y cómo se ratifica en la acusación de mentirosa que su madre y las otras hermanas lanzaron contra Sémele. La locura merodea en torno a Dioniso en todo momento. Leamos, una vez más, a Apolodoro: Dioniso, fue el que descubrió la vid y, enloquecido por Hera (todas las terribles desgracias que se abatieron sobre la estirpe de Cadmo proceden de la inquina de esta diosa hacia ellos, a causa de los amores de Zeus y la desventurada Sémele, alcanzando, como es natural, al hijo de ésta, por más que fuera dios), se marchó errante por Egipto y Siria. Pero el propio Dioniso infunde la locura en Licurgo, enloquece a las mujeres de Argos y volvió locos a los corsarios tirrenos (APOLODORO, III 5, 1-3). Todas con terribles consecuencias, como la espantosa cacería que las tebanas emprenden contra Penteo, al que, en su locura, creen un animal salvaje, que Ovidio define como un jabalí (OVIDIO, *Metamorfosis*, III, 714-715).

El nacimiento de Adonis



*Nacimiento
de Adonis*
Nicolas-André
Monsiau
1754-1837

Un árbol que da vida

ADONIS - " Ἀδωνις

Resumen del Mito: *Cíniras, el rey de Chipre, y su esposa Cencreide tenían una hija llamada Esmirna, tan hermosa que a la madre no se le ocurrió otra cosa que ofender a Afrodita pretendiendo que su hija era más hermosa que la diosa. Ésta, para castigarla, infundió en la hija un monstruoso amor hacia su padre. La chica comprende que ese amor incestuoso no puede ser y está a punto de ahorcarse, pero interviene la nodriza, la cual hace creer a Cíniras que una bella joven, de buena familia, deseaba presentarse en secreto en su lecho. En la oscuridad el incesto se consuma, pero tras repetidas visitas nocturnas, y ya que la joven había quedado embarazada, el padre, intrigado, quiere saber de quién se trata; una noche, a la luz de una antorcha que había dejado escondida en la alcoba, descubre horrorizado a su hija; desenvaina la espada e intenta matarla. Esmirna, con el fruto de su incestuoso amor en las entrañas, huye y ruega a los dioses la vuelvan invisible; al llegar a la tierra de Pancaya, en la Arabia,*

Afrodita, olvidada ya de la ofensa materna, se apiada de ella y la convierte en un árbol –el árbol de la mirra–.

A los diez meses el árbol se resquebraja y, con la ayuda de la piadosa Lucina, aquel vientre vegetal grávido da a luz un niño de extrema belleza, a quien recogen las Náyades y lo depositan delicadamente sobre la hierba y lo ungen con las lágrimas destiladas por el árbol. Le llamaron Adonis, ‘señor’, y Afrodita, enternecida por la belleza de la criatura, la confía en secreto a Perséfone, lo que le acarreará grave conflicto posterior. Pero esa parte del mito se aleja de nuestro propósito de describir los nacimientos míticos. Andando el tiempo, el apuesto mancebo en que se convertirá Adonis protagoniza un célebre y trágico romance con su protectora Venus (cf. GRIMAL, págs. 7 y 9; RUIZ, págs. 461-462; GRAVES, 1, pág. 86).

Testimonios, Citas, Comentarios: Es éste un mito con múltiples variantes en cuanto a los nombres de los protagonistas y los detalles en su ejecución. Se citan varias fuentes –Lactancio Placido, Servio, Fulgencio– a las que no he tenido acceso, pero en las que se habrán fundamentado, supongo, los autores que arriba cito para presentar el mito, pues se trata de autores de garantía. El nombre de Esmirna no ofrece ninguna complicación, puesto que, aunque algunos autores aluden a ella como Mirra, sería el mismo nombre, ya que, al parecer, aquél significa ‘mirra’. Se dice que su padre era Cíniras, rey de Chipre, pero otros –Paniasis, citado por Apolodoro (*Biblioteca*, III, 14, 3-4), Antonino Liberal (ANTONIO LIBERAL, 34)– sostienen que fue Thías, rey de Asiria, y otros, Fénix de Biblos; e incluso Higino hace a Cíniras rey de Asiria. También para el propio Adonis, un fragmento hesiódico (HESÍODO, *Fragmentos*, 139: PROBO, Virgilio, “Églogas”, X, 18) nos da distinta genealogía: sus padres serían Fénix y Alfesíbea

–también lo cita Apolodoro (loc. cit.)–. En cuanto al desencadenante del castigo de Afrodita, que para Higino es la madre, “supervius locuta” –‘parle avec trop d’orgueil’, traduce Boriaud–, (HYGIN, LVIII), en Apolodoro es la propia Mirra, que no la veneraba, y según Ovidio, Cupido niega que sus flechas hayan hecho nada en este caso y culpa a las tres Hermanas –las Erinias (OVIDIO, *Metamorfosis*, III, 312-313)–; A. Liberal, sin embargo, no menciona causa para la cólera de Venus.

Esmirna, a quien, según la mayoría, persigue su padre amenazante, en Higino es ella misma la que se esconde, presa de vergüenza al quedar embarazada (loc. cit.). Tampoco se ponen de acuerdo para decir quién la metamorfoseó: Zeus, según ANTONINO LIBERAL; para APOLODORO fueron los dioses; y Venus, según HIGINO. Y por fin, en el momento del parto, cuando el árbol se abre (bien resquebrajándose solo, bien abierto por el padre con un hacha), quien recoge al niño suele ser Venus misma o bien, como en Ovidio, Lucina, que no sabemos si se trata de Juno o Diana, aunque más propio sería que representase a Ilitía, diosa de los nacimientos o partos, algo así como la Comadrona Mayor del cielo, puesto que al acercarse al árbol se comporta como una experta, pues “la piadosa Lucina se puso junto a las doloridas ramas, acercó su mano y pronunció las palabras que ayudan al parto” (OVIDIO, *Metamorfosis*, III, 510-512).

Antonino Liberal presenta el mito en un pequeño relato bastante coherente. Del árbol, que lleva el mismo nombre que ella, Esmirna, dice: “se cuenta que cada año este árbol destila su fruto en forma de lágrimas a través de su corteza” (loc. cit.). Sin embargo, en este mito, como en tantos otros, es la excelsa poesía de Ovidio la que resulta inigualable.

Surgimientos varios



*Cadmo siembra
los dientes del dragón*
Iluminación
de un manuscrito
de las Metamorfosis
de Ovidio
S. XV

Surgieron de los árboles, de la tierra, de las nubes

A propósito del nacimiento de Adonis, M. T. González sitúa la leyenda de Mirra en un contexto tocológico y la relaciona con el espíritu de las diosas eleusinas Deméter y Perséfone, cuyo concepcionismo también imitaban los árboles, o tal vez habría que decir los ‘árboles-útero’ (cf. GONZÁLEZ, *Eleusis*, pág. 61-62) Y trae a colación algunos relatos que conectan los nacimientos con el mundo vegetal, y viceversa, como el de Pausanias (VII, 17, 9), según el cual la hija del dios-río Sangario quedó embarazada al colocarse sobre el pecho una almendra; o la tradición de que Altea parió una rama de olivo junto con su hijo Meleagro (GRIMAL, pág. 24).

En aquella remota edad, cuando florecían los mitos, da la impresión de que la naturaleza entera estaba dispuesta a hacer surgir por doquier la vida humana. De los árboles: “Faunos y Ninfas indígenas habitaban antiguamente en estos bosques, poblados por una raza de hombres nacidos de los duros troncos de los robles” (VIRGILIO, VIII, 313-315). “No naciste, seguro, de la encina –ἀπὸ δρυός– ni de la piedra –ἀπὸ πέτρης– que cuentan antiguas

historias” (HOMERO, *Odisea*, XIX, 163-164). “Aquí llama ‘madre de la madre’ a la bellota, pues de ella nacen las encinas, y de las encinas, según el mito, dicen que han nacido los hombres” (HESÍODO, *Fragmentos*, 266c; TRIFÓN, *De tropis* 23). “Otra tercera estirpe [...] de bronce, en nada semejante a la de plata, nacida de los fresnos” (HESÍODO, *Trabajos y días*, 143-145). De ese fondo gineco-animista salen una serie de leyendas medievales sobre niños abandonados en el interior de los árboles. La escritora medieval María de Francia así lo relata en su obra *Los Lais*, lo cual manifiesta la pervivencia histórica del árbol-útero (cf. GONZÁLEZ, *Eleusis*, pág. 62).

También, y sobre todo, de la Tierra han nacido dioses y hombres, pues ella es la Gran Madre Universal: “Una sola es la raza de los hombres y de los dioses; el aliento de ambos procede de una única madre” (PÍNDARO, *Nemeas*, VI, 1-2). La Gran Procreación Cósmica nació de la divinizada Tierra (Gea), pues ella fue el *alfa*, es decir, el punto de arranque de la realidad –antes de ella sólo había irrealidad y vacío–.

De la tierra precisamente surgen los autóctonos, o brotados de la tierra sin semilla, sin fecundación, espontáneamente, como Cécrope, nacido del mismo suelo (cf. GRIMAL, pág. 92) de Ática, y que “tenía un cuerpo mixto de hombre y de serpiente y fue el primero en reinar en Ática y al país, que antes se llamaba Acte, lo llamó Cecropea, por su propio nombre” (APOLODORO, III, 14, 3), lo mismo que Cránao –que, según R. Graves, significa ‘rocoso’–, también hijo de la tierra y sucesor de aquél en el trono de Atenas, y durante cuyo reinado ocurrió el diluvio de Deucalión, después del cual hubo que recrear el género humano a súplicas de los dos únicos supervivientes que, obedeciendo el oráculo de la divina Temis de arrojar a la espalda

los ‘huesos de la gran madre’, lanzaron piedras hacia atrás: de las que arrojó Deucalión surgieron hombres y las de su piadosa esposa y hermana Pirra se convirtieron en mujeres (OVIDIO, *Metamorfosis*, I, 368-416). “Pirra y Deucalión bajaron del Parnaso a establecer su primera morada y, sin connubio, fundaron la pétrea raza de un mismo pueblo y sus hombres de la piedra recibieron el nombre” (PÍNDARO, *Olímpicas*, IX, 43-46), jugando con los términos λαός, “pueblo”, λαοί, “hombres”, y λίθας, “piedra”.

Una raza autóctona era la de los Curetes –sin embargo “engendrados por una copiosa lluvia” (OVIDIO, *Metamorfosis*, IV, 282)–, aquellos que hacían sonar sus escudos para disimular el llanto del niño Zeus en Creta (APOLODORO, III, 1, 6). Y de esa misma condición son los Dáctilos –nombre parlante– del monte Ida; de éstos se dice que mientras Rea daba a luz a Zeus apretó los dedos contra la tierra para aliviar sus dolores y así surgieron los Dáctilos –δάκτυλος, “dedo”–: cinco hembras de su mano izquierda y cinco varones de la derecha (cf. GRAVES, I, 53 a).

Pero están los Σπαρτοί, “los hombres sembrados”, aquellos que nacieron de los dientes del dragón de cresta de oro y ojos de fuego, hijo de Marte, que fue muerto por Cadmo de una pedrada, según Higino: “a Cadmo lapide est interfectus” (HYGIN, CLXXVIII). Ovidio, tras narrar la lucha de Cadmo contra el monstruo, en una de las mayores cimas descriptivas, de una belleza plástica sin parangón, describe de esta manera el surgimiento de aquellos guerreros, los primeros hombres de Tebas: “Obedece él y, después de abrir un surco por la presión del arado, esparce por el suelo, conforme se le ha ordenado, los dientes que son semillas de mortales. Entonces, cosa increíble, empezaron los terrones a moverse, y de entre los surcos apare-

ció primero la punta de la lanza, enseguida los cascos en que cabecean los penachos de colores, enseguida emergen los hombros, los pechos y los brazos cargados de armas, y va creciendo la mies de hombres con escudos” (OVIDIO, *Metamorfosis*, III, 104-111).

Mas los dientes de aquel dragón daban para mucho: Atenea se guardó un puñado, que entregó a Eetes, rey de la Cólquide. Son los que Jasón sembraría en la tierra arada durante todo un día con los toros de bronceas patas, “con los bueyes que de sus rojizas mandíbulas exhalaban llamaradas de abrasador fuego y que con bronceas pezuñas se alternaban en cocear la tierra” (PÍNDARO, *Píticas*, IV, 225-226). Porfirio recuerda que las simientes eran las correspondientes a 4 yugadas (PORFIRIO, *Argonáuticas órficas*, 872). También los hombres que de allí surgieron iban armados hasta los dientes.

De una nube en forma de Hera, y de Ixión, a quien Zeus engañó ingeniosamente, nacieron los Centauros –algunos no, como Quirón (HYGIN, LXII)–. Según Píndaro (PÍNDARO, *Píticas*, II, 39-48), quien nació de esa nube fue un único descomunal hijo, Centauro, que se apareó con las yeguas de Magnétide y dio origen a un pueblo asombroso de seres parecidos a su madre en la parte inferior y al padre en la superior. En un “Diálogo de los dioses” cargado de fina ironía, se detallan los pormenores de la estratagemata que Zeus y Hera preparan a Ixión (LUCIANO, *Diálogos de los dioses*, 6).

Otros seres nacieron de la tierra después de un intento fallido, pero con consecuencias, de unión carnal: de la tierra fecundada



Nacimiento de Erictonio
Hidria de figuras rojas
475-425 a. C.

con el semen de Hefesto, que intentó acercarse a Atenea, nació Erictonio (ver pág. anterior) (APOLODORO, III, 14, 6). Higino cuenta el tejemaneje que se llevaron los dioses en este ‘affaire’ y da la etimología: ἔρις, por la “pugna” entre Vulcano y Minerva, y χθών, “tierra” (HYGIN, CLXVI). Caso paralelo es el de Agdistis, surgido de una roca sobre la que ha caído el semen de Zeus dormido, destinado a Cibeles, la Gran Madre diosa de Frigia (PAUSANIAS, VII, 17, 10-12). Este mito lo relaciona Pausanias con el dios frigio Atis, según una leyenda local, de intensos tintes trágicos, de los gálatas de Pesinunte (ciudad de Frigia, en la ladera sur del monte Dándimo, con un famoso templo de Cibeles). Cuenta que aquel ser surgido de la tierra era hermafrodita (“un demon que tenía dos órganos sexuales, unos de hombre y otros de mujer”). Le pusieron el nombre de Agdistis. Pero los dioses, después de encadenarlo, le cortaron los órganos sexuales masculinos, que arrojaron a tierra, de donde nació un almendro que tenía el fruto en sazón. Y aquí enlaza con lo dicho al principio de este capítulo sobre la hija del río Sangario (de Frigia) y la almendra.

Pues dicen que una hija del río Sangario tomó del fruto, colocándolo en su regazo, y al punto desapareció en el pliegue de su vestido, quedando ella embarazada. Dio a luz a un niño, Atis, al que abandonó, y fue cuidado por un macho cabrío. Cuando el niño creció, alcanzó una belleza fuera de lo común, tanto que Agdistis se enamoró perdidamente de él. Pero Atis estaba destinado por sus parientes para casarse con la hija del rey, por lo que fue enviado a Pesinunte. Se cantaba el himeneo cuando Agdistis se presentó en la ceremonia, y Atis, volviéndose loco, se castró “y también se cortó los genitales el que le dio a su hija en matrimonio”. Pero Agdistis se arrepintió de lo que había hecho a Atis y consiguió de parte de Zeus que el cuerpo de Atis fuera inco-

rruptible (aunque Pausanias no lo dice, se entiende que Atis murió a causa de la castración).

Más datos sobre el mito los aporta, según Ruiz de Elvira (RUIZ, págs. 103-104), Arnobio, personaje que, aunque siempre se empeña en ridiculizar los mitos, es un buen vehículo de transmisión de detalles no hallados en ningún otro mitógrafo. Según él, Baco embriaga y castra a Agdistis; de la tierra fecundada por la sangre brota un granado. Es de una granada de este árbol de la que queda grávida Nana, la hija de Sangario; el niño es criado con (se burla Arnobio del prodigio) leche de macho cabrío, “lacte hirquino”; a Atis se lo disputan Agdistis (en Arnobio, Acdestis) y Cibele; Atis se castra junto a un pino y muere. La hija del rey Midas se suicida y de su tumba brota un almendro; el cuerpo incorrupto de Atis, que tiene el dedo meñique móvil (j), es llevado por Agdistis a Pesinunte, donde lo consagra y funda en su honor un rito anual.

El nacimiento de Pandora



Creación de Pandora
Crátera de
volutas de figuras rojas
S. V a. C.

El más bello castigo

PANDORA - Πανδώρα

De la pura tierra –y dejando aparte otros mitos como el de los descendientes de Pelasgo, considerado el primer hombre, y que surgió del suelo de la Arcadia– habrían sido fabricados los primeros hombres. Se tiene a Prometeo, que llegó a ser patrón de los ceramistas de Atenas y de otros lugares, como creador de hombres a partir del barro, según un modelo mesopotámico corriente (KIRK, pág. 116). Si consideramos lo abundante y lo asequible de esta materia prima, no nos extrañará que en tantas culturas, empezando por la Biblia –“Entonces Yahvéh-Dios formó al hombre del polvo de la tierra” (*Génesis*, 2, 7)–, sea éste el material del que están formados los hombres. Luciano, en *Prometeo del Cáucaso*, da a entender que Prometeo es también el autor de la mujer: Hermes le acusa: “Después has modelado a los hombres, los seres más astutos que existen, sobre todo las mujeres” (LUCIANO, *Diálogos*, pág. 118). No obstante, Higino puntualiza bien la autoría y la cronología de estas creaciones: “Prometheus Iapeti filius primus homines ex luto finxit. Postea

Vulcanus Iouis iussu ex luto mulieris effigiem fecit”, es decir: “Prometeo, hijo de Jápeto fue el primero que modeló a los hombres con el barro. Más tarde, Vulcano por mandato de Júpiter confeccionó con barro la imagen de la mujer” (HYGIN, CXLII).

La iniciativa del atrevido hijo del titán Jápeto, junto con alguna otra jugarreta como la del reparto del toro descuartizado o el robo del fuego, irritó sobremanera a Zeus, que lo castigó al terrible suplicio en el que, encadenado a una columna, su águila le devoraba constantemente el hígado (HESÍODO, *Teogonía*, 521-569). Y en contrapartida a la creación del hombre, Zeus “preparó un mal para los hombres” (HESÍODO, *Teogonía*, 570). No queda muy bien parada la mujer en Hesíodo. El ilustre patizambo Hefesto modela con la tierra una imagen de casta doncella. Atenea la atavió maravillosamente; Hefesto le colocó una hermosísima diadema de oro cincelada por él. Así quedó preparado este “bello mal” para causar estupor entre los inmortales y los hombres; “espinoso engaño”, irresistible, es el principio de la funesta estirpe de las mujeres, que son como insaciables zánganos. Así, poco más o menos, se explica el poeta de Beocia. Pero Zeus lo tiene todo planeado: tampoco es posible encontrar la satisfacción fuera del matrimonio; el hombre alcanza la funesta vejez sin nadie que le cuide y, al morir sin hijos, los parientes se reparten su hacienda (HESÍODO, *Teogonía*, 571-606). Luego, suavizando un poco la negra perspectiva, admite (en contradicción con sus tajantes asertos anteriores) que para quien encuentra una mujer “sensata y adornada de recato” el mal queda compensado con el bien. Pero si la mujer es desvergonzada, su mal es ya incurable (HESÍODO, *Teogonía*, 607-613).

En *Trabajos y días* Hesíodo abunda en el tema con parecidos o, en ocasiones, iguales argumentos, pero añadiendo nuevos datos al mito. También aquí es manifiesta la intención vengativa de Zeus: “Yo a cambio del fuego les daré un mal con el que todos se alegren de corazón acariciando con cariño su propia desgracia” (HESÍODO, *Trabajos y días*, 57-59): Hefesto, mezclando la tierra con agua, hace una linda y encantadora figura de doncella semejante en rostro a las diosas inmortales. (Pensemos que, aunque hasta ese momento no había mujeres, ya existía lo femenino representado por las diosas, pero faltaba su equivalencia en la esfera humana.) Le infunde voz y vida humana; todos los dioses contribuyen a instruirla y a adornarla maravillosamente, “y el mensajero Argifonte configuró en su pecho mentiras, palabras seductoras y un carácter voluble por voluntad de Zeus”, y púsole el nombre de Pandora (HESÍODO, *Trabajos y días*, 60-83).

Inmediatamente el Padre envía este “irresistible engaño” como regalo a Epimeteo –‘idea tardía’–, que, desoyendo el consejo de su ‘previsor’ hermano Prometeo de no aceptar regalo alguno de los dioses, la toma por esposa. Así introdujo el mal para los humanos, pues la bella esposa retiró –¿por curiosidad?– la “enorme tapa” de una jarra dejando escapar todas las desgracias e inquietudes que se hallaban dentro; sólo quedó en su fondo la Esperanza, que no pudo salir pues antes cayó la tapa, por voluntad de Zeus (HESÍODO, *Trabajos y días*, 84-99). Siempre me he preguntado el porqué de la consabida frase “la caja de Pandora”, siendo que Hesíodo habla de jarra o ánfora. Kirk lo explica: “El jarro no está explicado, sino que simplemente se supone que es algo conocido para su audiencia, una suposición que ayudó a su transformación en la *Caja de Pandora*, en la tradición renacentista” (KIRK, pág. 117).

La vida en manos del destino



Las tres Parcas
Mosaico,
Ostia Antica
S. II d. C.

Tres hermanas que hilan muy fino

LAS MOIRAS - Μοῖραι

Resumen del Mito: *Las Moiras –las Parcas, ‘Parcae’, en la cultura latina, o la Parca en singular– representan el destino para cada mortal; son las encargadas de dar a cada uno lo que le corresponde (en singular, μοῖρα, ‘parte, proporción’). Desde el principio existe un destino o hado, expresado como ἀνάγκη o αἶσα, o en latín ‘parca’ y ‘fatum’. Es como una coacción o compulsión indefinible, que representa un poder inmenso y misterioso, extradivino –a él se doblegan los dioses, incluso Júpiter: en Esquilo se afirma que Zeus es más débil que las Moiras triformes (ESQUILO, Prometeo encadenado, 516-158)– y cuyos ministros o representantes, por así decirlo, son esas diosas Parcas o Moiras que tienen a su cargo la ejecución de los decretos de ese temible poder, el Destino (OVIDIO, Metamorfosis, VIII, 451-457). Para Hesíodo son hijas de la Noche (HESÍODO, Teogonía, 217), y les atribuye un aspecto espantoso “[...] se miraban entre sí de forma horrible, con ojos de furia” (HESÍODO, Escudo, 263); aunque*

luego, en franca contradicción (HESÍODO, Teogonía, 901), las hace hijas de Zeus y Temis y hermanas de las Horas; lo mismo en Apolodoro (Biblioteca, I, 3, 1). Para su función de guardianas o sostenedoras de la ordenación del mundo y del destino de cada uno, es decir, la regulación de la duración de la vida desde el nacimiento hasta la muerte, se valen de un hilo que Cloto (Κλωθώ, “La Hilandera”) hila en su huso, Láquesis (Λάχαισις, “La que da a cada uno su lote”) mide con su vara y Átropo (“Ατροπος, “La Inflexible”) corta con su fatídica tijera. Tienden en ocasiones a formar grupo con Ilitía, divinidad del nacimiento como ellas, que regula los partos y a veces interviene en ellos (cf. GRIMAL, pág. 364; RUIZ, págs. 61-62).

Testimonios, Citas, Comentarios: Según Higino son hijas de Érebo (las Tinieblas infernales) y de la Noche: “Ex Nocte et Erebo, fatum [...] Parcae tres, id est Clotho, Lachesis, Atropos [...]” (HYGIN, Praef. 1). En Homero su pluralidad está indefinida. En general se ha evolucionado de una Moira universal que domina el destino de todos los humanos a las tres Moiras o Parcas, con sus propios nombres. Es el paso de lo más abstracto en Homero a lo más personal en Hesíodo. Pero su poder siempre es supradivino: En *Iliada*, XVI, 433-439, Zeus se lamenta de que el Destino ha decretado que su queridísimo hijo Sarpedón sucumba a manos del menecíada Patroclo. Y nada puede hacer para evitarlo. En otro episodio, Patroclo, herido mortalmente por la broncínea pica de Héctor, que blasona de su triunfo, responde desfallecido que no es Héctor quien le ha dado muerte, sino el hijo de Leto por disposición del Destino (*HOMERO, Iliada*, XVI, 844-849). Hera exhorta a los demás dioses amigos de los troyanos a defender a Aquiles de momento, pues ya sufrirá más tarde “todo lo que el hado tejió con el hilo para él al nacer,

cuando su madre le dio a luz”, ἄσσά οἱ αἶσα / γιγνομένῃ, ἐπένησε λίνῃ, ὅτε μιν τέκε μήτηρ (HOMERO, *Iliada*, XX, 127-128). Y Tetis a su hijo Aquiles: “cerca de ti se aproxima la muerte y el imperioso destino”, θάνατος καὶ μοῖρα κραταιή (HOMERO, *Iliada*, XXIV, 132). Fijan cuándo a cada uno le “llega su hora” –como en aquel *Hasta que llegó su hora*, título español del atractivo *western* fronterizo de Sergio Leone *C’era una volta il west* (cf. TORRES, pág. 266). En la lucha de Eneas contra el insensato Lauso se lee: “[...] y ya las parcas han devanado los últimos estambres de la vida del mancebo” (VIRGILIO, X, 813-815).

Hesíodo resalta el carácter vengativo y justiciero de estas hijas de la funesta Noche, pues persiguen los delitos y castigan implacablemente a quienes los cometen (HESÍODO, *Teogonía*, 217-222). Con el mismo carácter las presenta Esquilo: “[...] divinidades de recta ley, [...] que hacéis sentir el peso de vuestra presencia justiciera, [...]” (ESQUILO, *Euménides*, 964-967). En este cometido las veo cercanas a las Euménides o Erinias, identificadas entre los romanos como las Furias. No obstante, no debe olvidarse que eran también las que concedían a los hombres mortales ser felices o desgraciados (HESÍODO, *Teogonía*, 901-906). Y aunque se exprese el temor a las Moiras por los odios entre consanguíneos (PÍNDARO, *Píticas*, IV, 145-146), hay un momento en que prestan cercana asistencia a Hércules (PÍNDARO, *Olímpicas*, X, 52).

Con las expresiones enigmáticas propias de los Himnos órficos conocemos que estas hijas de la Noche están por encima de la norma antiquísima y del infinito principio. “Pues la Moira es la única que vigila en la vida”. Todo lo saben. Son aéreas, invisibles, constantes, por siempre inflexibles (*Himnos órficos*, LIX).

Y Ovidio narra cómo las tres Hermanas concedieron al recién nacido Meleagro una existencia condicionada: su vida duraría lo mismo que un leño que habían echado al fuego (OVIDIO, *Metamorfosis*, VIII, 451-457).

Platón, por boca de Er, armenio de la tribu panfilia, que resucitó sobre la pira funeraria, hace unas alucinantes revelaciones de lo que vio en el más allá, en donde las Parcas, con una faceta distinta, hacen girar los círculos concéntricos, cantan, en armonía con las sirenas de lo alto de los husos, el pasado, el presente y el futuro. Hay un profeta que ofrece lotes o modelos de vida, que las almas que regresan de vidas anteriores eligen para su siguiente ciclo anudado a la muerte. Y son las Parcas las que se encargan del reparto: Láquesis se lo entrega, lo confirma Cloto con una vuelta de huso y el hilado de Átropo lo hace irrevocable antes de pasar por la llanura del Olvido (PLATÓN, *República*, X, 614b-621b).

Con todo lo visto hasta aquí, y de acuerdo con la afirmación de Sófocles, “¡el hombre con soluciones para todo! [...] Únicamente no se procurará escapatoria del Hades” (SÓFOCLES, *Antígona*, pág. 146), parecería que ninguna existencia se escapa a su control. Sin embargo, se han dado casos de mortales que, cortado ya el hilo de su existencia por la inflexible y vieja Átropo, volvieron a la vida. De hecho, Higino (*Fables*, CCLI) confecciona un inventario de los que regresaron “ab inferis”, desde luego con el permiso de las Parcas. El regreso de algunos de la lista de Higino es porque no habían muerto; entraron allí por distintos motivos, estando vivos. Así Ulises, Orfeo, Teseo o incluso el propio Mercurio, que está en un continuo ir y venir conduciendo remesas de almas al lugar de las sombras perpetuas. También Perséfone, la compañera del dios de los infiernos, goza de un salvoconducto

para regresar a la tierra todas las primaveras y permanecer en compañía de su madre Deméter durante medio año. No obstante, los hay que encontraron algún resquicio, bien sea legal, o indulto, bien sea por engaño. Apolo, en *Alcestis*, declara haber engañado a las Moiras: “Yo que soy santo, con un santo hombre topé, el hijo de Feres, a quien, engañando a las Moiras, he salvado de morir”:

ὄσιου γὰρ ἀνδρὸς ὄσιος □ ἐτύγχανον
 παιδὸς Φέρητος, ὃν θανεῖν ἐρρυσάμην,
 Μοίρας δολώσας·
 (EURÍPIDES, *Alcestis*, 10-12).

¿O tal vez ya existían entonces las ‘recomendaciones’ y el soborno para escapar a lo inexorable?

Sea como fuere, tenemos los casos de Asclepio, Cástor y Pólux, Protesilao, Hipólito (vivificado en el dios Virbio), Eurídice (sólo en un deplorable intento frustrado), Glauco, Sémele, llamada al cielo cuando su hijo Dioniso fue divinizado, Adonis y otros.

La peripecia de Pélope



Pélope e Hipodamía
Ánfora ática
S. V a. C.

El héroe del hombro de marfil

PÉLOPE - Πέλοψ

Un caso especial (no figura en el catálogo de Higino, pues no consta que estuviera en los infiernos) de mortal que volvió a nacer es el de Pélope. La cosa es como sigue: Tántalo era un hijo de Zeus (HYGIN, LXXXIII) muy apreciado por él. Pero, abusando de la confianza del padre de los dioses, cometió varias fechorías, como robarle manjares divinos y hacer uso de la información privilegiada de la que disponía por sus visitas al Olimpo, para después compartir todo con sus amigos y, lo más grave, en un banquete con que obsequió a los olímpicos, servirles entre las viandas a su propio hijo Pélope troceado. No engañó a los dioses, excepto a Deméter, que, pienso yo que trastornada por la pérdida de Perséfone, o bien por ser la diosa de los alimentos “sólidos” y por tanto también del hambre, comió un hombro. Inmediatamente Tántalo fue fulminado y conducido al Hades, en donde quedó entre los grandes castigados. Tanto el pecado como el castigo están descritos en Apolodoro (Biblioteca, Epítome II, 1 y 3)

y en Higino (*loc. cit.*). Luciano se centra en el castigo, que trata con su habitual sorna (LUCIANO, *Diálogos de muertos*, 17).

Y a continuación Zeus se dio el gusto de resucitar a Pélope: El asunto lo encargó a Hermes, el cual, volviendo a hervir los miembros del muchacho en una caldera, los entregó a la parca Cloto para su reciclaje. Deméter, en compensación por su despiste del día de autos, aportó una nueva paletilla de marfil ('eburneum', dice Higino), con lo que el joven salió favorecido en su 'look', tanto que la radiante belleza del redivivo Pélope hizo que Posidón se enamorara de él y lo llevara en un carro de caballos de oro al Olimpo, donde fue su copero y amante (APOLODORO, *Epítome II*, 3). Según Apolodoro, los ejes del carro no se humedecían sobre el mar. Píndaro rechaza el episodio de antropofagia y lo atribuye a maledicencia, y por su parte se ocupa de cantar con entusiasmo el rapto del radiante Pélope, durante el 'irreprochable' festejo, por el del brillante tridente, domeñados sus sentimientos por el deseo (PÍNDARO, *Olímpicas*, I, 37-41). Ovidio, en cambio (*Metamorfosis*, VI, 404-411), contra lo que acostumbra, pasa muy por encima sobre este mito.

Muerte y resurrección



El regreso de Perséfone
Frederick Leighton
1891

Los que volvieron “ab inferis”

ASCLEPIO - Ἀσκληπιός: De controvertida genealogía, en especial por el lugar de nacimiento, ya que se lo disputan numerosas ciudades, el Esculapio de los latinos es curiosamente el que con sus artes de medicina, aprendida de Quirón y de su propio padre Apolo, y con la parte buena de la sangre de la Gorgona, contribuyó a excarcelar del Hades a un mayor número de mortales. Y digo curiosamente porque también él mismo sería sacado de allí por Zeus y vuelto a la vida. Esto ocurrió después de que el propio Zeus lo matara –dice Apolo: “hundíendole en el pecho el rayo”, *στέρνοισιν ἔμβαλὼν φλόγα*. (EURÍPIDES, *Alceste*, 4)– porque temía que le desbaratara el orden del mundo con tanta resurrección –aunque para el ejemplificador Píndaro, el castigo fue debido a que Asclepio aceptó el soborno para rescatar a un hombre de la muerte (PÍNDARO, *Píticas*, III, 54-60)–. Entre otros, fueron beneficiados: Capaneo y Licurgo, según Estesícoro en su *Erifile*; Tindáreo, como dice Paniasis; Hipólito, al decir del autor de la *Naupáctica*; Himeneo, según

los Órficos. Todo está en el imprescindible Apolodoro (*Biblioteca*, III, 10, 3-4).



*La llegada de
Asclepio a Cos*
Mosaico romano
S. II a III d. C.

HIPÓLITO - Ἰππόλυτος: De él, más que su resurrección, se conoce el espectacular y trágico episodio de su muerte: ola gigantesca, enorme lobo marino –toro para algunos, o focas según otros–, caballos espantados y enloquecidos, carrera desbocada, riendas enredadas y finalmente la muerte. La fatal cadena de los autores de su desgracia se inicia en Afrodita (Hipólito era devoto exclusivo de la casta Ártemis), pasa por Fedra, sigue con Teseo y acaba en el padre de éste, Posidón. El alma de Hipólito desciende al Tártaro, pero Ártemis, indignada, pide a Asclepio que lo resucite, lo que éste hará con la misma hierba con que había resucitado al ateniense Glauco. Hades y las tres Parcas ven violados sus privilegios; y aquí es cuando Zeus fulminó con su rayo a Asclepio. Pero Hipólito, modificado su aspecto, trocado en Virbio –*vir bis*, ‘dos veces hombre’–, borrada de su mente la trágica muerte, excluidos del bosque sagrado los caballos (cf. FRAZER, págs. 542-545: “Virbio y los caballos”), vive ya para siempre en el bosquecillo de Aricia con la ninfa Egeria (cf. GRAVES, I, 101 *passim*; RUIZ, págs. 377-382).



La muerte de Hipólito
Nicolas Poussin
1703-1770

ALCESTIS - Ἄλκηστις: Este mito está relatado por Apolodoro (*Biblioteca*, I, 9, 15) con su admirable precisión y medida. Muchas cosas había conseguido Admeto, esposo de Alcestis, del que fuera su criado temporero, Apolo, y entre ellas la de quedar libre de la muerte y duplicar sus años de vida si alguien eligiera morir voluntariamente en su lugar. Cuando llegó el día de su muerte, se dio el caso de que ni su padre ni su madre querían morir por él, y entonces murió Alcestis. Pero Core la hizo subir a la luz de nuevo, o, según dicen algunos, Heracles luchó con Hades y se la llevó hacia arriba con él. Por su parte Eurípides, en su *Alcestis* –preludio de las futuras tragicomedias–, será el encargado de señalar las contradicciones del mito: la insoportable comparación entre “la más excelente de las mujeres” y Admeto, un legendario gran señor de Tesalia, con su ridícula exageración de tristeza y de escrúpulos. Y está Hércules, tragón, Ἡρακλῆς πεινῶν, y fanfarrón pero caballeroso, que propicia un *happy end* (cf. EURÍPIDES, *Alcestis*, en la introducción de A. Tovar). La tragedia de la buena Alcestis es estar rodeada de gentes egoístas y cobardes. Angustiada, cuando va a morir pide a su marido: “y no te cases y des madrastra a tus hijos, que, como mujer inferior a mí, por envidia, a los hijos míos y tuyos pondría la mano encima” (EURÍPIDES, *Alcestis*, 305-307). El final gozoso es cuando Heracles se la entrega viva a Admeto, el cual le pregunta: “¿Cómo has traído a ésta desde abajo hasta la luz?”. A lo que responde el héroe: Μάχην συνάψας δαιμόνων τῷ κυρίῳ, es decir, “trabando batalla con el señor de los difuntos” (EURÍPIDES, *Alcestis*, 1140).

*Alcestis ofrece
su vida por Admeto*
Friedrich Heinrich Füger
1751-1818



PROTESILAO - Πρωτεσίλαος: En la expedición contra Troya, un oráculo advertía que el primero en desembarcar sería el primero en morir –Tetis previno de ello a su hijo Aquiles (APOLODORO, Epítome III, 29)–; fue Yolao, hijo de Ificlo, el primero en saltar y morir a manos de Héctor. Desde entonces se le llamó *Protesilao*, ‘el primero en correr a la batalla’. Entre tanto, su esposa Laodamía, hija de Acasto, que desde que él había marchado a Troya lo echaba mucho de menos, hizo su estatua en bronce –o en cera– y la puso en su lecho. Mas cuando supo que había muerto rogó a los dioses permitieran el regreso de su marido para estar con ella al menos durante tres horas. Zeus accedió y Mercurio (lo negociaría, supongo, con las Parcas, aunque esto no lo dicen los autores) condujo el espíritu de Protesilao y lo instaló en la estatua, que habló por su boca a Laodamía. Pero cuando después de tan breve tiempo desapareció de nuevo, ella no pudo soportarlo y se suicidó (HYGIN, CIII).

En otra variante del mito se dice que, descubierta Laodamía con la estatua en el lecho, su padre, para suprimir tan aberrante obsesión y evitarle sufrimiento con un deseo inútil, hizo quemar la estatua; pero Laodamía se arrojó a la hoguera con ella (HYGIN, CIV).

En una de las *Heroidas* de Ovidio, la titulada *Laodamía a Protesilao*, aquélla, durante la ausencia del héroe, deplora amargamente la guerra y sus causas, y presiente un siniestro augurio, una premonición: “temo a no sé qué Héctor”; y refiriéndose a la efigie de cera: “a ella le digo las ternuras, a ella las palabras a ti debidas” (OVIDIO, *Heroidas*, XIII), en una curiosa anticipación de la expresión de Garcilaso, “pienso mover la voz a ti debida” (GARCILASO DE LA VEGA, *Églogas*, III, 12).

Un fantástico relato escenificado por Filóstrato en un diálogo –llamado Heroico– entre un viñador y un fenicio alude de continuo a un fantasmagórico Protesilao, omnipresente y omnisciente; un Protesilao que, criatura de Homero, y según el viñador, enjuicia al poeta y dice de él que “como en una armonía musical, tocó todos los acordes de la poesía” (FILÓSTRATO, *Heroico*, pássim).

Protesilao y Laodamía
Carlo Adelio Galimberti
1999



Una suerte de resurrección o vuelta a la vida es también la de los propios dioses hermanos de Zeus, a quienes se había tragado su padre Crono, y que por acción del vomitivo administrado por la oceánide Metis (APOLODORO, I, 2, 1) salen todos vivos, como en el cuento infantil *El lobo y las siete cabritas* de los Hermanos Grimm: “[...] fueron saliendo todas las cabritas, vivas y contentas, *pues el lobo se las había tragado sin masticar*” (HERMANOS GRIMM, pág. 99).

Han sido sólo algunos ejemplos de quienes lograron esquivar la inexorabilidad de las fatídicas Hermanas. Hubo muchos otros; pero el propósito de estas páginas no es la exposición exhaustiva de los casos, sino mostrar, en armonía con los capítulos anteriores, los variados modos de surgimiento y resurgimiento de la vida de los mortales en la tradición mitológica clásica.

Mil formas diferentes de nacer



Leda y sus hijos
Leonardo da Vinci
1623

Múltiples atajos mitológicos hacia la vida

De un huevo engendrado por el *Cisne-Zeus* en Leda nació **Polideuces** (Pólux). El propio Padre de los dioses lo reconoce: “Zeus salió a su encuentro y le dirigió estas palabras: Tú eres hijo mío” (PÍNDARO, *Nemeas*, X, 80), mientras que su hermano gemelo **Cástor** (se les conoce como ‘los Dióscuros’) nació de la semilla del héroe Tindáreo. También de Zeus trasmutado en cisne nació la hermosísima **Helena** (APOLODORO, III, 10, 6-7), trasunto de Afrodita y personaje clave en el ciclo troyano. Hubo un curioso entrecruzamiento de semillas; y los dos pares de gemelos que nacieron son atribuidos como sigue: Polideuces y Helena, a Zeus; Cástor y **Clitemnestra**, a Tindáreo.

Tuvieron que orinar tres dioses –Júpiter, Mercurio y Neptuno– en la piel de toro extendida por Hirieo en su choza para que naciera **Orión**, el cazador que sería colocado entre las estrellas (HESÍODO, *Fragmentos*, 148b, Escolio a Germánico, *Aretea* 93, 13). Para el juego de palabras ‘urein’ y *Orión*, y para la relación de Hiria con las abejas y el mito del saco de cuero, cf. KERÉNYI, págs. 43-44.

*Perseo, Medusa
decapitada y Atenea*
Hidria de figuras rojas
500-450 a. C.



Perseo, ‘el destructor’, logró con la ayuda de Atenea rebanar de un solo tajo de hoz la cabeza de la horrible gorgona Medusa. Entonces, con gran sorpresa vio cómo del cortado cuello surgían, completamente desarrollados, el caballo alado **Pegaso** y el guerrero **Crisaor**, que sujetaba una cimitarra de oro. Según Apolodoro, éstos los tuvo de Posidón (APOLODORO, II, 4, 2).

Pigmalión quería para esposa una mujer pura, no contaminada, muy distinta de las disolutas Propétides de su ciudad. En su incansable búsqueda, un día con sus propias manos talló en marfil una hermosa efigie de mujer, de la que quedó totalmente prendado. Rogó a Venus que la hiciera su esposa, y la diosa, indulgente, infundió en la estatua un soplo de palpitante vida (OVIDIO, *Metamorfosis*, Esp, págs. 346-347).

Para poblar la isla de Egina, Zeus transformó las hormigas en hombres (APOLODORO, III, 12, 6). Y, al decir de Platón, los hombres en otro tiempo fueron cigarras. Pero aquí entramos ya en los aledaños del pensamiento transmigratorio.

Bibliografía general

- J. BENÍTEZ ORTIZ, *¿Por qué nos parecemos a nuestros padres? Los genes y las leyes de la herencia*, © Ediciones Temas de Hoy, S. A., Madrid, 1997.
- J. C. BERMEJO BARRERA, F. J. GONZÁLEZ GARCÍA y S. REBORDA MORILLO, *Los orígenes de la mitología griega*, © Ediciones Akal, S. A., Madrid, 1996.
- M. DETIENNE y J. P. VERNANT, *Las artimañas de la inteligencia. La métiis en la Grecia antigua*, traducción de A. Piñeiro (título original: *Les ruses de l'intelligence*, © Flammarion, París, 1974), © Taurus, Madrid, 1988.
- J. G. FRAZER, *La rama dorada. Magia y religión*, traducción de E. y T. I. Campuzano (título original: *The Golden Bough*, © The Macmillan Company, Nueva York, 1922), © Fondo de Cultura Económica de España, S. L., Madrid, 1997.
- S. FREUD, *Tótem y tabú*, traducción de L. López-Ballesteros y de Torres (título original: *Totem und Tabu*, © Sigmund Freud Copyrights Ltd., Londres, 1966), © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000 (1967).

- M.^a T. GONZÁLEZ CORTÉS, *ELEUSIS, los secretos de Occidente. Historia agraria y bélica de la sexualidad*, © Ediciones Clásicas, S. A., Madrid, 2000.
- R. GRAVES, *Los mitos griegos*, 2 volúmenes, traducción de L. Echávarri, revisión de L. Graves (título original: *The Greek Myths*, no figura editorial, lugar de publicación ni fecha), © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998.
- P. GRIMAL, *Diccionario de mitología griega y romana*, traducción de F. Payarols (título original: *Dictionnaire de la mythologie grecque et romaine*, © Presses Universitaires de France, París, 1979), © Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, 2003 (1981).
- W. K. C. GUTHRIE, *Orfeo y la religión griega*, prefacio de L. J. Alderink, traducción de J. Valmard (título original: *Orpheus and Greek Religion*, © Methuen & Company Ltd., Londres, 1952), © Ediciones Siruela, S. A., Madrid, 2003.
- K. KERÉNYI, *Dionisios (sic en la versión castellana de A. KOVACSICS del original Dionysos, Klett-Cotta, Stuttgart, 1994)*, © Empresa Editorial Herder, S. A., Barcelona, 1998.
- G. S. KIRK, *La naturaleza de los Mitos Griegos*, traducción de B. Mira de Maragall y P. Carranza (título de la edición original: *The nature of greek myths*, © G. S. KIRK, Cambridge, 1974), © Editorial Argos Vergara, S.A., Barcelona, 1984.
- R. B. MARTÍNEZ NIETO, *La aurora del pensamiento griego*, © Editorial Trotta, S. A., Madrid, 2000.
- W. F. OTTO, *Los dioses de Grecia*, traducción de R. Berge y A. Murguía Zuriarrain (título original: *Die Götter Griechenlands*, © Vittorio Klostermann, Frankfurt del Main, 1987), © Ediciones Siruela, S. A., Madrid, 2003.
- A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, © Editorial Gredos, S. A., Madrid, 1975.
- G. SISSA y M. DETIENNE, *La vida cotidiana de los dioses griegos*, traducción de E. Goicoechea Larramendi (título original: *La vie quo-*

tidienne des dieux grecs, © Hachette, París, 1989), © Temas de hoy, S. A., Madrid, 1994.

A. M. TORRES, *Videoteca básica de cine*, © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995.

J. P. VERNANT, *El universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos*, traducción de J. Jordá (título de la edición original: *L'Univers, les Dieux, les Hommes. Récits grecs des origines*, © Seuil, París, 1999), © Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.

Bibliografía de fuentes

- ANTONINO LIBERAL, *Metamorfosis*, edición de J. R. del Canto Nieto, © Ediciones Akal, S.A., Madrid, 2003.
- APOLODORO, *Biblioteca mitológica*, edición de J. Calderón Felices, © Ediciones Akal, S. A., Madrid, 2002 (1987).
- APOLLODORUS, *The library*, with an english translation by SIR JAMES GEORGE FRAZER, © Cambridge, Massachussetts, 1967 (1921).
- APOLONIO DE RODAS, *Argonáuticas*, introducción, traducción y notas de M. Valverde Sánchez, © Editorial Gredos, S. A., Madrid, 1996.
- La Biblia* (*Génesis, Éxodo*, etc.), versión, dirección, redacción y notas del P. Serafín de Ausejo, © Editorial Herder, S. A., Barcelona, 1975.
- ESQUILO, *Tragedias, Los persas, Los siete contra Tebas, Las suplicantes, Orestía, Agamenón, Coéforos, Euménides, Prometeo encadenado*, introducción, traducción y notas de E. A. Ramos Jurado, © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2001.
- EURÍPIDES, *Tragedias I, Alcestris, Andrómaca*, texto revisado y traducido por A. Tovar (vol. I), © Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1982.

- EURÍPIDES, *Tragedias II, Bacantes, Hécuba*, texto revisado y traducido por A. Tovar (vol. II), © Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1982.
- FILÓSTRATO, *Heroico. Gimnástico. Descripción de cuadros*, introducción de C. Miralles, traducción y notas de F. Mestre, © Editorial Gredos, S. A., Madrid, 1996.
- GARCILASO DE LA VEGA, *Obras: Églogas. Elegías. Epístola. Canciones. Sonetos*, edición, introducción y notas de T. Navarro Tomás, © Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1970.
- HERMANOS GRIMM, *Cuentos*, traducción de M.^a Campuzano (título original: *Kinder-und hausmarchen*, © Carl Ueberreuter, Viena, 1971), © Editorial Noguer S. A., Barcelona, 1977.
- HERÓDOTO, *Los nueve libros de la historia*, estudio preliminar de M.^a Rosa Lida de Malkiel, © Océano, Barcelona, 1999.
- HESÍODO, *Obras y Fragmentos: Teogonía, Trabajos y días, Escudo, Fragmentos, Certamen*, introducción, traducción y notas de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez, © Editorial Gredos, S. A., Madrid, 1983.
- Himnos homéricos. Batracomiomaquia*, edición de M.^a A. García Velásquez, © Ediciones Akal, S. A., Madrid, 2000.
- HOMERO, *Iliada. Odisea*, texto en griego y castellano, edición e introducción de C. García Gual, traducciones de E. Crespo Güemes y J. M. Pabón, © Espasa, Madrid, 1999.
- HYGIN (HIGINO), *Fables (Fábulas)*, texte établi et traduit par J. Y. Boriaud, Collection des Universités de France, © Les belles lettres, París, 1997.
- LUCIANO DE SAMOSATA, *Diálogos*, introducción, traducción y notas de J. Alsina, © Editorial Planeta, S. A., Barcelona, 1988.
- P. OVIDIO NASÓN, *Heroidas*, introducción, traducción y notas de V. Cristóbal, © Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- P. OVIDIO NASÓN, *Metamorfosis*, texto revisado y traducido por A. Ruiz de Elvira, © Ediciones Alma mater, S. A., Barcelona, 1964.

- PAUSANIAS, *Descripción de Grecia*, introducción, traducción y notas de M.^a Cruz Herrero Ingelmo, © Ediciones Gredos, Madrid, 1994.
- PÍNDARO, *Obra completa (Epinicios: Olímpicas, Píticas, Nemeas, Ístmicas; Fragmentos)*, edición y traducción de Emilio Suárez de la Torre, © Ediciones Cátedra, S. A., Madrid, 1988.
- PLATÓN, *Diálogos* (tomo IV): *República*, introducción, traducción y notas de C. Eggerslan, © Editorial Gredos, S. A., Madrid, 1988.
- PORFIRIO, *Vida de Pitágoras. Argonáuticas órficas. Himnos órficos*, introducción, traducción y notas de M. Periago Lorente, © Editorial Gredos, S. A., Madrid, 1987.
- SÓFOCLES, *Tragedias completas: Áyax. Las traquinias. Antígona. Edipo Rey. Filoctetes. Edipo en Colono*, edición y traducción de J. Vara Donado, © Ediciones Cátedra, S. A., Madrid, 1985.
- VIRGILIO, *Eneida*, traducción de E. Ochoa, prólogo de B. Atxaga, © Círculo de Lectores, S. A., Barcelona, 1999.

Apéndice

Después de una lectura de *La Odisea*

(Sonetos)

Odisea: Títulos de crédito

¡Qué gran drama los siglos nos trajeron!
Ved aquí de los créditos la lista:
unas islas de aliento vitalista
con enorme vigor lo produjeron.

Aedos ciegos lo distribuyeron;
fue Homero el montador y guionista,
y Odiseo sagaz protagonista;
mar y vientos la música pusieron.

Prestó la tradición el argumento;
hábil maquilladora fue Atenea;
y Homero dirigió con gran talento.

Telémaco, Penélope, Euriclea,
Menelao, Laertes y extras ciento,
actores todos son de la Odisea.

Νόστος

Se ha cumplido, Odiseo, ya el momento
en que, a feliz propuesta de Atenea,
los dioses del Olimpo en asamblea
a que regreses dan su asentimiento.

No prolongues, pues, más tu alejamiento:
que la gentil Penélope no crea
que naufragaste con tu nave aquea
y acepte indecoroso casamiento.

Retorna ya, que en tu palacio esperan
el hijo inquieto y la angustiada esposa,
y la nodriza, que mantiene el fuego,

y, junto a Méntor, todos cuantos eran
amigos tuyos en tu tierra hermosa;
y el fiel Argos, para morirse luego.

POLIFEMO

Restalla alrededor del cuerpo inerte
el crepitar del ojo achicharrado,
y en el suelo, de estiércol alfombrado,
vómito vil tu hedionda boca vierte.

Si al huésped reservaste negra suerte,
horrible Polifemo, has fracasado:
nadie sabe que Nadie te ha cegado;
nadie vendrá de Nadie a protegerte;

nadie creyó tus gritos lastimeros
entre los otros monstruos inhumanos.
Y en menos tiempo del que te figuras,

Nadie saldrá sujeto a tus carneros,
librando así a su gente de tus manos
para lanzarse a nuevas aventuras.

Ναυσικάα

Inmersa en juvenil juego, topaste
de Odiseo con la viril presencia
y al punto sin rubor, en tu inocencia,
con túnica y con manto lo arropaste.

Ante tu doncellez ¡qué gran contraste
sus trazas de león y su experiencia!
mas tú con discreción y con prudencia
a casa de tu padre lo guiaste.

Mil historias os narra el extranjero
de monstruos y de diosas y de mares.
Mas ya se aleja del solar feacio

en sabia nave de bogar ligero.
Tú preparas, princesa, tus ajuares;
y estás con él soñando en tu palacio.

Penélope contra los pretendientes

Los cantos del aedo te entristecen
–te angustia de los “nostoi” el relato–;
y aunque al mégaron bajas con recato,
los torpes pretendientes se enardecen:

no cesan en su holganza; y envilecen
cuanto logran tocar en su vil trato;
con su voracidad y su arrebató,
en la hacienda a Telémaco empobrecen.

No alcanzó tu sutil estratagema
–tejer y destejer– más que tres años;
pero ya un nuevo ardid bulle en tu mente:

el arco, que precisa fuerza extrema,
útil será para vengar sus daños
y humillar su soberbia finalmente.

Así era...

Si os dicen que era audaz y muy valiente,
luchador, arriesgado y generoso,
fabulador y un tanto vanidoso,
sufridor de catástrofes, paciente;

de ardidés mil autor inteligente,
emprendedor, astuto e ingenioso;
con sus seres cercanos amoroso,
mediador en conflictos muy prudente;

con los que se propasan justiciero,
cortés, y ante las damas elegante,
contra Ilión, el más sagaz aqueo;

de sus fieles, amigo verdadero,
de su hogar y sus tierras añorante;
no lo pongáis en duda: era Odiseo.

Escala de temores

Atenea no siempre está dispuesta
a ayudar a Odiseo ciegamente,
porque teme a su tío, el del tridente,
que sería brutal en su respuesta.

A Poseidón le asusta y le molesta
la cólera de Zeus prepotente;
que Zeus teme a Hécate es patente:
¡sino fatal de estirpe tan funesta!

Y a todos ellos temen los mortales,
cercados por terrores ancestrales.
Mas cuando con tus preces los acosas

pidiendo al uno en su mansión sagrada
lo que al otro inmortal le desagrada,
sabrás lo limitado de los dioses.

Ser pretendiente en Ítaca

Vida de los ilustres pretendientes:
levantarse y vestir con elegancia;
acudir al palacio con prestancia;
los bocados yantar más excelentes;

lanzar la jabalina diligentes;
al aedo tratar con arrogancia;
urdir negras conjuras con jactancia;
contra el huésped mostrarse impertinentes;

banquetear con voraz glotonería;
libar el vino ajeno hasta el derroche;
darse al juego de dados y a la danza;

pretender a la dueña por el día;
yacer con las criadas por la noche...
y acabar ensartado en una lanza.

Mujeres de la *Odisea*

Recatada Penélope, aquejada
de una virtual viudez, sin esperanza;
dulce Nausícaa, llena de añoranza;
ama de casa, Helena, reciclada;

en el lar de Odiseo la criada
Euriclea, de toda confianza;
la estima de su pueblo a Arete alcanza,
en mansión confortable acomodada;

y están Circe y Calipso, que, aunque diosas,
por Odiseo son como mujeres;
que el amor las empuja a cambiar tanto.

Mas no faltan las pérfidas y odiosas,
que ajan tal colección de hermosos seres:
¡maldita Clitemnestra y vil Melanto!

Llanto por los últimos compañeros de Odiseo

Habíais sobrevivido a duras penas
al mortal contraataque de Cicones,
al embate de fieros Lestrigones
y al canto encantador de las Sirenas.

Las ofertas de loto eran cadenas;
cerdos fuisteis con lobos y leones;
visteis el mal por todos los rincones
de las islas, del mar y sus arenas.

Ni Escila ni Caribdis ni el gigante
Polifemo dio fin a vuestras vidas.
Sólo cuando tentasteis a la suerte

robando reses a Helios rutilante,
lanzó Zeus tormentas desmedidas
y en el ponto, ¡ay!, sufristeis negra muerte.

Odiseo ya está en Ítaca

Respetando su sueño placentero
blandamente en la playa lo han posado
los feacios, que al punto han regresado
a un destino fatal y traicionero.

El sacro olivo ha visto lo primero
al despertar por fin sobresaltado,
y la cueva de Náyades al lado,
mas no los reconoce por entero.

Atenea le aclara los sentidos;
y el duro bronce, el oro y los vestidos
ambos ocultan en lo hondo de la gruta.

En cuanto a los soberbios pretendientes,
diosa y mortal planean diligentes
la venganza final más absoluta.

Fidelidad: Argos

Aún destella presente en su memoria
el reflejo de aquel tiempo dorado:
entonces por los campos y a su lado
corría juguetón en plena euforia.

Luego el amo se fue... y cambió su historia:
abandonaron los siervos su cuidado
y a duros puntapiés se vio tratado
como una despreciable y vil escoria.

Hoy ya viejo, cansado e indolente,
yace sobre el pajuz de las ovejas;
pero al notar la sombra de Odiseo

se iluminan sus ojos de repente,
menea el rabo y yergue las orejas:
morir ya en paz es su último deseo.

Este libro se terminó de imprimir
el 23 de abril de 2006
en los *Talleres Editoriales Cometa, S.A.*,
de Zaragoza.



UNIVERSIDAD DE LA EXPERIENCIA DE ZARAGOZA [UEZ]

Patrocinan



Organizan



UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA



Patrocinio de este volumen